

TRILOGÍA

El Club

EL CLUB
UNA NOCHE MÁS
TODOS TUS DESEOS

NINA KLEIN

EL CLUB NINA KLEIN

UNA NOCHE MÁS NINA KLEIN

TODOS TUS DESEOS NINA KLEIN

TRILOGÍA EL CLUB

EL CLUB + UNA NOCHE MÁS + TODOS TUS DESEOS

NINA KLEIN

© 2018, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Sobre este libro](#)

[Sinopsis](#)

[El Club](#)

[El Club](#)

[Una Noche Más](#)

1. [El lunes de Caroline](#)
2. [El lunes de Mark](#)
3. [Tenemos que hablar](#)
4. [No todo es hablar...](#)
5. [Paul](#)
6. [Algo aventurero](#)
7. [En la habitación](#)

[Todos Tus Deseos](#)

1. [Subida en una nube](#)
2. [Con los ojos cerrados](#)
3. [Ahora me toca a mí](#)
4. [En el escritorio](#)
5. [Todos tus deseos](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

AVISO IMPORTANTE

Atención: este libro contiene escenas de sexo explícito, aptas solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años.

Espero que te guste ;)

SOBRE ESTE LIBRO

Esta recopilación contiene las tres primeras historias pertenecientes a la serie “El Club”, la historia completa de Mark y Caroline: “El Club”, “Una noche más” y “Todos tus deseos”.

SINOPSIS

Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

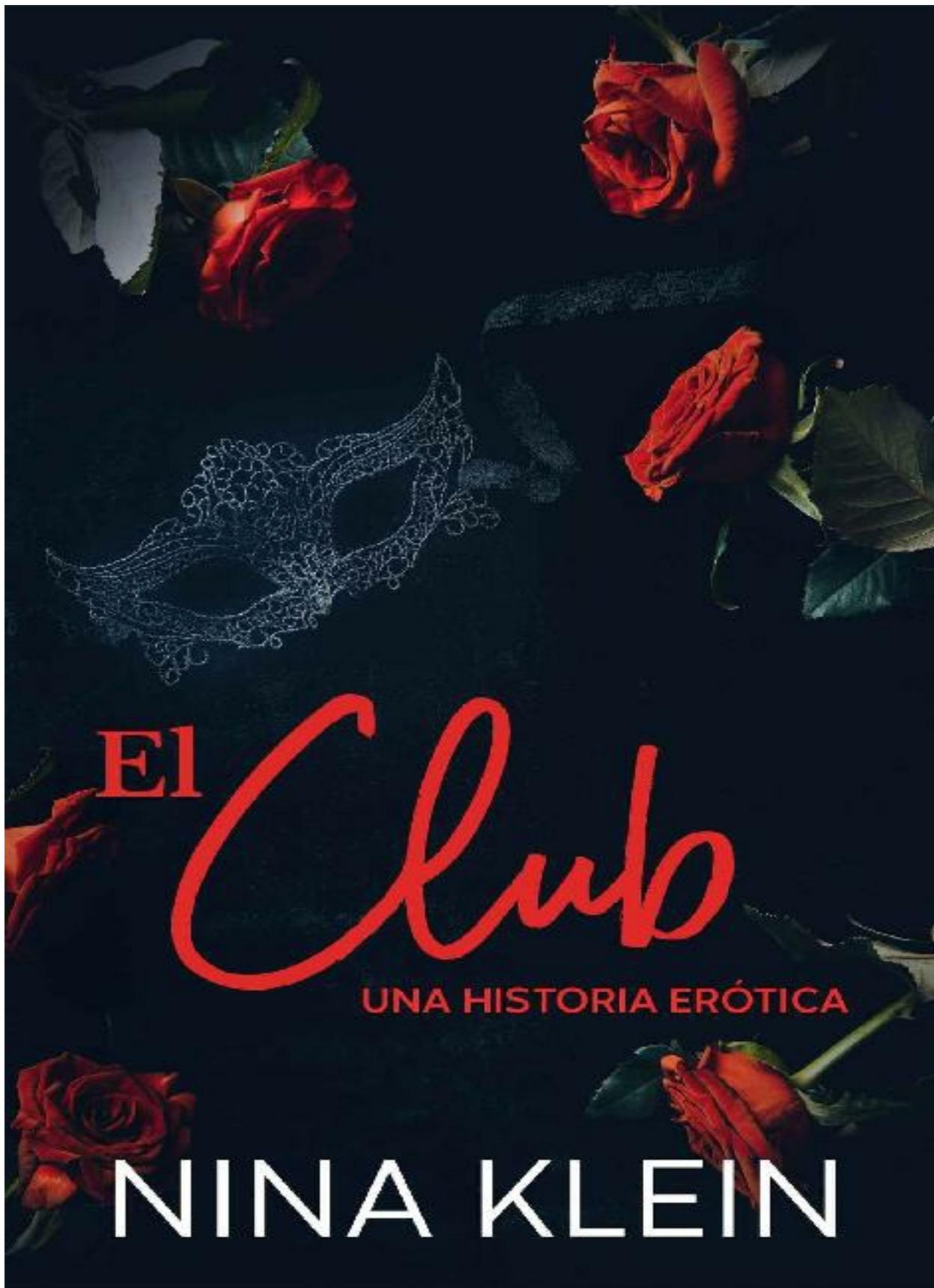
Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta le da una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojo de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?



El Club

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

EL CLUB

Era una noche calurosa de julio. Sobre el papel, perfecta para lo que había ido a hacer allí.

Pero solo sobre el papel.

En mi cabeza, todo tenía sentido y era lógico.

Pero mi cuerpo se negaba a moverse, clavado en la acera aquella noche de julio demasiado calurosa (incluso para ser julio).

MIRÉ el letrero sobre la puerta, de color negro, opaco y mate; solo las letras estaban iluminadas desde atrás, con una luz dorada tenue, sutil. No era un letrero que gritase la localización del local. Era un letrero que invitaba a la curiosidad, a mirarlo de cerca. Sugerente. Las letras se entrelazaban unas con otras, y si se miraba muy de cerca parecían sugerir formas humanas en diferentes poses de...

En diferentes poses.

Probablemente lo habrían hecho a propósito, o quizás era mi mente calenturienta.

Poison, decía el cartel, lo mismo que decía la tarjeta que estaba haciendo un agujero en la cartera negra que llevaba en la mano.

Aparté la vista del cartel para posarla en el portero en forma de armario de tres puertas que había debajo, guardando la puerta, y que me miraba con curiosidad. Era un tipo gigante, calvo, dentro de un traje negro que se confundía con su propia piel, y que de no haber parpadeado de vez en cuando habría jurado que era una estatua.

Un grupo de cuatro mujeres, vestidas de punta en blanco, se acercaron a la entrada, le enseñaron sus tarjetas al gigante y este abrió la puerta negra, sencilla, que tenía detrás, para dejarlas pasar.

Podía haber aprovechado para entrar al mismo tiempo que ellas. Habría sido menos vergonzoso.

No había cola fuera, ninguna multitud tratada como ganado detrás de las catenarias de cuerda roja que tenían todos los clubs de moda un sábado por la noche a esas horas.

Yo estaba un poco apartada de la puerta, a la distancia suficiente como para que pareciese que estaba esperando a alguien.

Cosa que no era cierta. No estaba esperando a nadie. Había ido allí, sola, un sábado por la noche.

Qué hago aquí, qué hago aquí, qué hago aquí, pensé.

Definitivamente tenía que haber aprovechado para entrar con el grupo de mujeres.

Me estiré el vestido negro hacia abajo, en un absurdo intento de tapar más allá de la mitad del muslo. Sin éxito.

LA CULPA de que estuviese allí la tenía Chloe, de mi oficina, con quien coincidía casi todos los días frente a la máquina de café y que era ocurrente y divertida, una de las pocas personas con las que merecía la pena relacionarse en aquel sitio gris lleno de cubículos. Solíamos hablar unos diez minutos todos los días, poniéndonos al día —lo que daba tiempo— de nuestra vida y desgracias.

—Te lo juro —le había dicho el lunes de aquella misma semana—, es la última vez. Esta vez va en serio. Voy a desinstalarme Tinder. Estoy harta de colgados.

Le había contado brevemente —y en voz baja, tampoco quería que se enterase media oficina— el último desastre de cita que había tenido el sábado por la noche. Sin entrar en detalles, me había levantado durante el primer plato de la cena y había dejado un billete de veinte dólares encima de la mesa —el restaurante, elegido por mi cita, era tan cutre que probablemente eso cubriese la cuenta de los dos— antes de salir prácticamente corriendo del local.

—Tampoco esperaba encontrar al amor de mi vida —le dije a Chloe— pero por Dios, que era sábado por la noche. Por lo menos un poco de

diversión, no creo que sea pedir mucho.

Un poco de diversión era, evidentemente, un eufemismo. Lo que necesitaba era echar un polvo, con un hombre, cualquier hombre que se hubiese lavado antes de la cita, no era mucho pedir, y que no diese miedo ni mal rollo.

Hacía tanto tiempo de la última vez que tenía que pararme a pensarlo un rato antes de acordarme.

—Si lo que estás buscando es un poco de diversión, a lo mejor puedo ayudarte —dijo Chloe.

No, por favor, no. Justo cuando estaba pensando que Chloe iba a prepararme una cita a ciegas con algún conocido suyo —o peor, con alguien de la oficina— me dijo que le sujetase el vaso de café y se fue como un rayo hacia su escritorio. Volvió en menos de dos minutos con la cartera en la mano. Miró a uno y otro lado antes de sacar una tarjeta de visita, negra, y tendérmela.

Le di su vaso de café y cogí la tarjeta. Era negra, mate, y en la cara principal no ponía nada más que POISON, grabado en letras mayúsculas doradas.

Iba a darle la vuelta cuando Chloe me dijo:

—Aquí no. Será mejor que la guardes, no sabemos quién puede estar mirando.

Así lo hice, en el bolsillo de la chaqueta, sin entender tanto misterio.

—¿Qué es? —le pregunté, intrigada.

—Vale, no me juzgues —me dijo, ruborizándose un poco.

Sonreí.

—Nunca.

Se inclinó un poco hacia mí y susurró.

—Es un club... —se pasó un poco a beber un sorbo de su café de máquina—. Es un club... sexual —dijo por fin.

Levanté las cejas. La imagen mental que tenía de uno de esos clubs era un sitio donde la gente se ponía máscaras de cuero y se ataba a sitios. Y látigos, había látigos por todas partes.

Chloe no parecía de ese tipo de personas, pero tampoco la conocía tanto. Tampoco sabía si había un “tipo de personas” que fuesen aficionada a esas cosas, igual eran personas normales y corrientes, abuelas y contables, con ese interés. Qué sabía yo.

—Sé lo que estás pensando, y sí, pero no es solo eso —me dijo.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Porque yo pensé lo mismo cuando me dieron una tarjeta igual que esa. Y estaba equivocada. Hay todo tipo de personas, hay una zona de bar, es realmente un buen sitio para ir un sábado por la noche, aunque es cuando hay más gente, es casi mejor un día de diario. Abren todos los días, desde las 7 de la tarde.

Le dio un sorbo a su café, y volvió a mirar a derecha e izquierda, como si estuviese revelándome el secreto de la vida.

—Es muy discreto, y mucho más seguro que quedar con gente que no conoces, o tener que pasar por cenas horribles y citas no fructíferas para que luego un tipo sudoroso se te pegue durante cinco minutos y si te he visto no me acuerdo.

Acababa de describir con extraordinaria precisión los últimos años de mi vida.

Pensé un poco en ello. No iba a ir ni loca, pero me dio por preguntar:

—¿Tienes la dirección?

—En la tarjeta viene la página web. Tienes que registrarte antes, para poder entrar. Al rellenar el formulario online pones mi código; está en la tarjeta, así saben que soy yo quien te ha patrocinado. No tienes que hacer nada, solo ir, echar un vistazo, dar una vuelta; y si no es tu rollo, te vas. No es ninguna cosa rara. Da un poco de corte si vas sola, sobre todo la primera vez, pero es totalmente seguro. Y déjame decirte —Chloe subió y bajó las cejas un par de veces—: merece la pena.

EL “NO VOY NI LOCA” se convirtió en un “voy a echar un vistazo a la web, pero solo un vistazo” a mitad de semana. Di todos los pasos, leí las reglas (incluso las imprimí, por si acaso), me inscribí y quedaron en mandarme por correo una tarjeta de miembro temporal (tenía un día para entrar libremente y probar, si iba y quería volver tenía que hacerme socia “de verdad”), junto con una máscara de tela negra.

Las máscaras eran para el anonimato. Lo cual estaba bien pensado, porque la idea de encontrarme allí a Chloe, o a cualquiera de la oficina, me daba de todo. Solo eso habría bastado para detenerme a la hora de acudir por primera vez.

Aunque no iba a ir, me dije a mí misma. Solo estaba siguiendo los pasos, por si acaso.

Por si acaso.

* * *

ERA SÁBADO POR LA NOCHE, Chloe me había dado la tarjeta el lunes, y allí estaba, en la puerta, mordiéndome el labio inferior.

Volví a tirar hacia abajo del vestido negro.

Por lo menos sabía que no me había pasado con el atuendo, acababa de ver entrar al grupo de cuatro mujeres y no iban vestidas muy diferentes a mí: si mi vestido me había parecido demasiado sugerente cuando me lo había puesto frente al espejo de casa, al menos no iba a estar fuera de lugar.

Hago ejercicio, un montón. Es para quemar la energía remanente, ya que de momento no tiene otra salida. No tengo muchas ocasiones de enseñar los resultados, así que me había gastado medio sueldo en un vestido negro, de diseñador, sencillo, pero que moldeaba mi figura y no dejaba mucho a la imaginación. No tenía escote y era de manga larga, pero la falda llegaba algo más arriba de medio muslo, con lo cual podía mostrar mis piernas torneadas (por la zumba), y lo mejor era el escote trasero: el vestido no tenía espalda en absoluto, la tela caía floja hasta justo la base de la espalda, y allí se convertía en el escaso trozo de falda que apenas me cubría el trasero.

Llevaba un chal para que no me detuviesen por la calle por escándalo público.

Completaba el conjunto con unos zapatos en los que me había gastado la otra mitad del sueldo: negros, con tacón de 7cm (no iba a correr un maratón, no pensaba andar más de diez pasos seguidos con ellos) y con la suela roja.

Para no estar segura de si iba a ir o no, me había gastado una fortuna en mí misma antes de pisar el club. Y por si acaso (siempre por si acaso) me había ido a depilar... entera, y a la peluquería, donde me habían convencido para convertir mi aburrido pelo castaño en una sensual melena del color de las cerezas, ligeramente ondulada, que caía en cascada sobre mi espalda.

Con la ropa interior no había podido esmerarme mucho, porque era imposible llevar sujetador con aquel vestido, así que lo único que llevaba debajo del vestido era un tanga de encaje negro.

Completaba el look con una cartera de mano negra algo brillante que había encontrado rebuscando en el armario entre los "bolsos de bodas" que había ido acumulando a lo largo de los años.

TIENES 30 AÑOS, me dije. Puedes ir y hacer lo que quieras, eres una mujer adulta, estás ejerciendo tu derecho a esa adultez, estás soltera, libre, súper buena (intenté no reírme), increíblemente sexy con el vestido y los zapatos, has pagado una pasta por una depilación integral, no te echas atrás ahora.

Tomé aire. Me aparté la melena rojo oscuro, y tratando de aparentar una confianza que no tenía, saqué la tarjeta de mi bolso y me aproximé a la puerta.

El gigante me cogió la tarjeta, le pasó un escáner digital y me la devolvió, sonriendo.

—Bienvenida.

—Gracias —respondí, sonriendo a mi vez.

* * *

AL TRASPASAR la puerta principal me encontré en un recibidor ligeramente iluminado con un pequeño mostrador a la derecha y una mujer detrás de él, con una blusa blanca y el pelo atado en un moño bajo.

—Bienvenida a *Poison*. ¿Es su primera vez?

—Sí.

—¿Quiere que le guarde el chal?

Lo pensé un instante, pero no me apetecía entrar allí con la espalda descubierta, con el escote trasero que tenía aquel vestido. No sabía qué iba a encontrarme al otro lado. Podía utilizarlo como barrera contra babosos.

—No, gracias —dije con una sonrisa, y me dirigí hacia la puerta abierta por donde salía la música, sin saber con lo que me iba a encontrar al otro lado.

Y LO QUE me encontré fue un club normal, lleno, como cualquier club un sábado por la noche. Había diferencias con otros clubes, me fui dando cuenta según iba avanzando entre la gente, entre los cuerpos que se movían en la pista de baile: la música no era atronadora y tampoco era la misma que sonaba en otras partes. Era menos movida, más... íntima, podría decirse. Se podía bailar, pero había que acercarse algo para hacerlo. Y eso era lo que

estaba haciendo la gente en la pista de baile, bailar bastante cerca. Nada más, que yo viera.

Una pista, en el centro un bar con una barra circular, enorme, en la que había algún asiento libre a pesar de ser sábado —y Chloe tenía razón, estaba a tope—.

No vi ni una máscara, nadie llevaba ninguna máscara puesta. Tampoco vi nada inapropiado, nada que hiciese pensar que no estaba en un club normal, un sábado por la noche.

Vale, calma. Estás dentro. Respira.

Primer objetivo: bebida. Intenté abrirme paso hasta la barra entre el mar de cuerpos que se movían al son de la música, rítmica, pulsante. Nada diferente a cualquier club en una noche de fin de semana. Excepto porque tenía la sensación de que todo el mundo me miraba. La sensación de que en cualquier momento me iba a encontrar con alguien conocido e iba a tener que justificar mi presencia allí.

Relájate, pensé. Es absurdo. Nadie te está mirando. La gente está demasiado ocupada flirteando. Se están mirando entre ellos.

Por fin llegué a la barra, donde había bastante más aire y menos gente que en la pista de baile, y donde escogí sentarme en un taburete flanqueado por dos taburetes vacíos.

Tuve que hacer algún malabarismo para no enseñar todo (la falda se me levantaba hacia arriba al sentarme) pero lo solucioné cruzando las piernas. Eso sí, la tela apenas me tapaba las zonas estratégicas.

Tenía que haberme pensado un poco más el atuendo, o por lo menos sus mecanismos.

Antes de que me diese tiempo a buscar con la mirada a algún camarero, una chica apareció ante mí detrás de la barra, con una coleta, unos vaqueros y una camiseta negra con el nombre del club escrito en el pecho. Tenía pinta de deportista o monitora de aeróbic, y no parecía estar muy alejada de la edad legal en la que se puede empezar a beber. Que una chica como aquella estuviese trabajando allí me tranquilizó; no parecía que hubiera nada sospechoso o sórdido allí.

Y también agradecí no tener que estar media hora intentando llamar la atención del camarero de turno.

Le pedí mi bebida, zumo de arándanos con vodka, dijo “enseguida” y desapareció con una sonrisa.

Aproveché el tiempo mientras llegaba la copa para echar un vistazo a mi

alrededor. La barra estaba ligeramente más alta que el resto del local y desde allí se podía ver todo el club, la pista de baile que rodeaba la barra y la zona de sofás que a su vez rodeaba la pista de baile y que no había visto hasta ahora.

Era una zona con sofás y mesas de cristal bajas en el centro, para poner las bebidas. Los asientos eran de terciopelo morado, y negro. Pensé absurdamente que eso iba a ser imposible de limpiar, pero nadie parecía estar haciendo nada inadecuado ni escandaloso en aquellos sofás y sillones. Como mucho hablando demasiado cerca, alguna mano apoyada en algún muslo, pero punto. Pielles, bebidas, penumbra, y nada más.

—Aquí tienes.

La camarera puso el cóctel delante de mí, le di las gracias y cogí la copa para tomar un sorbo.

Seguí escrutando el resto del local: dos tramos de escaleras (uno a la derecha, otro a la izquierda) llevaban a lo que parecía ser otra planta encima del local principal.

Iba a tomar el segundo sorbo de mi cóctel cuando un tipo se sentó en el taburete de mi izquierda.

—No me lo digas; eres nueva.

Me giré hacia él y le miré por encima del borde de mi copa. Pelo rubio miel perfectamente peinado, traje gris claro, sonrisa estudiada de dientes perfectos...

Mmmm, no.

Estaba harta de ver ese tipo humano en mi oficina, en todos los trabajos en los que había estado, en todas las partes a las que iba. Fraternidad en sus años de universidad, una alta opinión de sí mismo, un puñado de frases terribles para ligar.

Y, por mi experiencia con tipos como aquel, terriblemente egoísta en la cama. Como si no necesitase hacer un esfuerzo, como si la sola visión de su cuerpo desnudo trabajado en el gimnasio tres veces a la semana fuese suficiente para orgasmar.

No, gracias.

No quería parecer que tenía prejuicios, pero los tenía, estaban justificados y no tenía ganas de perder el tiempo. Había ido allí precisamente para eso, para no perder el tiempo.

—¿Tan obvio es? —dije, con una sonrisa fría y distante.

El tipo ladeó la cabeza y sonrió con confianza, en un gesto ensayado mil

veces ante el espejo.

Miró a su alrededor y chasqueó los dedos de la mano derecha, y me di cuenta con horror de que estaba llamando a la camarera.

Por el amor de Dios.

La misma camarera que me había servido antes se acercó, con cara de pocos amigos.

—Guapa, un martini para mí y otro de esos —dijo, señalando el cóctel que tenía en la mano— para...

Dejó la frase colgando, esperando a que le dijese mi nombre.

—No, gracias —dije, dirigiéndome a la camarera, quien me sonrió un poco antes de desaparecer para traer la orden de Bobby.

No sabía su nombre, pero tenía toda la pinta de un Bobby. O Tobby. O Tobías, o alguna de esas mierdas.

El tipo se me quedó mirando con las cejas levantadas. La buena educación me hizo explicarme.

—Aún tengo mi bebida entera —dije, levantando la copa de la que apenas había tomado dos sorbos.

El tipo sonrió, babosamente, se inclinó sobre mí y me puso una mano en la rodilla.

—Bueno, cuanto más alcohol mejor, así te desinhibes.

Me estaban dando arcadas. Hice un esfuerzo para no tirarle encima el cóctel que tenía en la mano. Había grandes posibilidades de que parte acabase encima de mi vestido, y además, tenía sed. No quería desperdiciar una bebida perfectamente preparada en aquel tipejo.

—Déjame sola, por favor —dije por fin, todo lo más fríamente que pude.

Al tipo se le torció el gesto. Invadió todavía un poco más mi espacio personal y parecía que iba a añadir algo más, seguramente desagradable, cuando una voz profunda detrás de mí dijo:

—Ya la has oído.

Bobby miró por encima de mi hombro, retiró la mano de mi muslo a la velocidad de la luz, dijo un “perdón” apresurado, y antes de que la palabra llegase a mis oídos ya se había perdido entre el gentío.

Miré la zona de la pista por donde el imbécil acababa de desaparecer casi corriendo, y cuando volví la vista al taburete, había sido ocupado por otra persona distinta. La persona poseedora de la voz.

El hombre poseedor de la voz, mejor dicho.

NO ME EXTRAÑABA nada que Bobby —o cualquiera que fuese su nombre— hubiese salido pitando. Yo habría hecho lo mismo, si no fuese porque me había quedado pegada al taburete de la impresión. Mi cuerpo había decidido quedarse quieto, muy quieto, ante la visión del hombre que estaba frente a mí.

Parpadeé.

Pero el hombre sentado en el taburete no desapareció, así que no me quedó más remedio que admitir que era real y no un producto de mi imaginación.

—Hola —dijo.

Incluso la voz era increíble, grave, como terciopelo; como un trago largo de buen *bourbon*.

El tipo era una creación divina.

Hice todo lo posible por no suspirar cuando respondí,

—Hola.

Pero reconozco que no conseguí que no me saliese la voz ronca. Carraspeé.

El tipo sonrió.

El corazón empezó a latirme entonces en la base del cuello.

Estaba perdida.

El hombre era, en una palabra, perfecto. Al menos perfecto para mí.

No, corrijo: perfecto en todos los sentidos.

Para empezar, era enorme. Alto, como el hombre que guardaba la puerta; quizás incluso más alto.

Llevaba unos pantalones de tela negros y una camisa gris oscura, casi negra, con las mangas recogidas un par de vueltas que dejaba al descubierto los músculos de sus antebrazos.

No era lo único que tenía musculado, a juzgar por la anchura de los hombros y el pecho. Estaba vestido, pero daba igual, no hacía falta mucha imaginación: tenía músculos *por todas partes*.

Estaba sentado en el taburete con las piernas abiertas, la tela del pantalón de traje negro tensada sobre sus muslos como troncos de árbol. Conseguí levantar la mirada hacia su cara a tiempo. Intenté no escrutarle, de verdad, pero estaba teniendo problemas para que las órdenes que le estaba dando a mi cerebro fuesen ejecutadas por mis ojos.

El pelo negro, cortado muy corto, la cara afeitada, sin rastro de barba. La piel color caramelo, si era bronceado o su color de piel, no lo sabía... El labio

inferior grueso, la mandíbula definida, una las comisuras de los labios levantadas ligeramente hacia arriba, en una sonrisa increíble, como si supiera exactamente qué se me estaba pasando por la cabeza en aquel momento. Los ojos color whisky, con pestañas negras largas, con finas líneas en el borde exterior, por la sonrisa.

Tragué saliva.

No, un hombre como aquel no podía encontrarse en Tinder, eso estaba claro. Ni en todo internet.

Nop.

—¿Puedes darme tu nombre?

Puedo darte lo que quieras, estuve a punto de decir, pero conseguí morderme la lengua a tiempo.

Me sorprendió la pregunta. Quizás allí la gente no utilizase sus verdaderos nombres, solo pseudónimos, como gatita28 y cosas así.

—Caroline —dije.

—Caroline —repitió, y sonó como una caricia que se deslizó desde mi nuca por mi espalda desnuda.

Caroline.

¿Cómo era posible que me excitase mi propio nombre?

No, no era mi nombre. Era mi nombre dicho por él.

Dios.

—Soy el comité de bienvenida —dijo, pero no fue hasta más tarde cuando me di cuenta de que no me había dicho su nombre.

—Oh —dije, y me mojé ligeramente los labios con mi cóctel.

Intenté ocultar mi decepción. Eso lo explicaba todo, el hecho de que aquel hombre se hubiese acercado. Pensé que se había interesado por mí, pero no era más que uno de los empleados del club, haciendo sentir bien, supongo, a las personas que llegaban solas.

Sonrió un poco, de lado, mientras me observaba beber el cóctel.

Apartó la vista de mis labios y me miró a los ojos. Sin saber por qué empecé a sudar, un poco, justo detrás de las rodillas, como me pasaba cuando estaba nerviosa.

O excitada.

La camarera de antes nos interrumpió, colocando un martini en la barra, delante del hombre.

Él desvió la vista hacia la bebida y levantó las cejas.

—¿Qué se supone que es eso? —dijo, con más humor que otra cosa.

—Perdón —la camarera sonrió—, no te había visto. Era para el gilipollas que estaba sentado aquí antes.

—Por favor, seriedad.

La camarera cogió el vaso de martini, riendo.

—Ahora vengo con tu whisky.

El hombre volvió a dirigir su atención hacia mí y me volvieron a sudar las rodillas.

—Deja que me explique —dijo, acercándose un poco, hasta el punto de que nuestras rodillas se rozaron ligeramente, las mías desnudas, las suyas debajo del pantalón de traje negro—. Sé que eres nueva. También sé que estás nerviosa. Y sí, trabajo para el club... podría decirse. Pero no es lo que piensas. Te he visto por lo monitores de seguridad, y tenía que venir a hablar contigo, a conocerte. No he podido evitarlo.

Le miré y tragué saliva.

—¿Por qué?

Sonrió más ampliamente.

—Caroline, si tienes que preguntar eso, eres todavía mejor de lo que me imaginaba.

¿Mejor de lo que se imaginaba? ¿Por qué estaba hablándome como si fuese algún tipo de premio o tesoro preciado? A ver, sé que no estoy mal. A algunos hombres les pone la piel pálida y cremosa, y el pelo rojo había sido un acierto. Y no olvidemos la zumba. Pero tenía que haber por lo menos cien mujeres alrededor más sexys que yo.

Eso sí, de lo que estaba segura era de que no había ningún hombre más atractivo.

—¿Qué te parece el club? —me preguntó.

Levanté las cejas.

—Acabo de llegar, prácticamente.

—Lo que has visto hasta ahora.

La camarera volvió con su whisky. Él dijo “gracias, Amanda” y ella me miró sonriendo y me guiñó un ojo, como si fuésemos amigas de toda la vida y quisiese felicitarme por la buena suerte que había tenido con el tipo que se me había sentado al lado.

Curioso.

—Es... interesante —respondí—. Normal.

Sonrió.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé —volví a darle un sorbo a mi copa, para darme tiempo a pensar—. ¿Gente semidesnuda? ¿Contorsiones? ¿Actos sexuales en público?

El hombre se echó a reír a carcajadas.

—Tenemos una regla —dijo, cuando se le hubo pasado un poco el ataque de risa—: “Nada de desnudos ni actos sexuales en la planta principal”.

—¿La planta principal?

—Hay una parte del club, más... íntima, podríamos decir. En la planta de arriba. No todo el mundo la usa.

Así que ahí era donde llevaban las escaleras.

—Voy a decirte un secreto —se inclinó todavía un poco más hacia mí y recordé que tenía que seguir respirando—: Es un club normal. No todo el mundo sube arriba. De hecho, solo una pequeña parte lo hace. La mayoría de la gente viene a pasar un rato agradable con amigos, a divertirse, o a conocer gente. Aunque luego sigan la fiesta en otra parte. Hacemos una criba con toda la gente que aplica para entrar en el club. Verificación de antecedentes, alguna cosa más. Eso lo convierte en un lugar seguro, uno de los lugares más seguros de la ciudad si quieres llevarte a alguien a casa... Si te vas con alguien que hayas conocido aquí, sabes que por lo menos ha pasado un primer filtro.

—¿También me investigasteis a mí?

—Por supuesto. No tienes ningún secreto embarazoso —sonrió y le dio un trago al whisky—. La pena es que todavía no hemos inventado un filtro anti gilipollas.

Lo decía por el tipo de antes, supuse. No pude evitar sonreír.

—No importa. No estaba molestándome. O no mucho.

Nos quedamos de repente en silencio, y cuando ya no pude soportar más su mirada intensa, pregunté:

—¿Qué hay arriba?

Bebió un sorbo de su whisky, mientras me miraba por encima del borde del vaso.

—¿Quieres que te lo cuente? O a lo mejor prefieres echar un vistazo.

No podía despegar la mirada de los ojos ámbar. Noté cómo la respiración se me aflojaba, cómo me inclinaba en mi taburete, imperceptiblemente, hacia el hombre que estaba justo frente a mí.

¿Qué me estaba pasando? Ni lo sabía, ni lo quería saber. La música seguía sonando a nuestro alrededor, y era como si fuese una música diferente a la que sonaba cuando había llegado. Más lenta, más sexy. De repente tenía

ganas de salir a la pista y bailar, con aquel hombre.

O quizás no tenía que ser la pista, y no tenía que ser bailar. Al menos no en vertical.

El hombre sonrió un poco, y me di cuenta de que probablemente me había leído el pensamiento. Tampoco era muy difícil. Probablemente lo llevase escrito en la cara.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—No me has dicho tu nombre.

* * *

Mark

ESTUVE a punto de darle un nombre falso, pero me arrepentí en el último momento. Primero, era nueva en el club, no parecía saber quién era yo, y segundo, no quería empezar mintiendo.

No quería empezar *aquello* mintiendo, fuese lo que fuese aquello, un rollo de una noche, algo más, lo que fuese. De momento no lo sabía. Lo que sí tenía claro era que su noche acabaría conmigo.

LA HABÍA VISTO desde los monitores de vigilancia, en las oficinas, mientras hacía un chequeo de rutina con una copa en la mano.

Guapísima, con un cuerpo increíble y unas piernas que cortaban la respiración incluso a través de los monitores de vigilancia. Era nueva, o por lo menos eso decía el escáner de la puerta, y había estado echándole un ojo, como solía hacer con los nuevos miembros.

Se necesitaba mucho valor para presentarse allí sola, un sábado por la noche. Aunque no se la veía muy convencida. Parecía a punto de levantarse y largarse en cualquier momento. Tenía que llegar hasta ella, antes de que saliese corriendo.

El momento llegó cuando vi al tipo acercarse.

No. Ni hablar.

—He acabado por hoy —dije, levantándome bruscamente del asiento.

Paul me miró desde su silla, un Jack Daniels en la mano, levantando las

cejas, pero no le dio tiempo a decir nada antes de que saliese por la puerta de las oficinas.

Normalmente no suelo bajar al club, a la zona del bar. No suelo mezclarme con los clientes. Pero la mujer que había visto a través del monitor merecía la excepción.

Bajé las escaleras de las oficinas y la localicé con la mirada, sentada en la barra, increíblemente sexy, con aquel vestido y la melena roja.

Llegué justo a tiempo para quitarle de encima al patético perdedor —una mirada le bastó para reconocermelo y poner pies en polvorosa, todo el mundo me conocía allí, nadie quería tener un encontronazo con uno de los dueños, así que el tipo se desvaneció musitando un “perdón”.

La mujer, sin embargo, parecía no saber quién era. Mejor así. Sabía que no había estado nunca en el club, aparte de porque el sistema en la entrada anunciaba a los nuevos clientes, porque recordaría su cara. Y su cuerpo.

Resumiendo, de haber estado antes allí antes la recordaría. ¿Cómo podría olvidarla?

Y ahora me estaba preguntando mi nombre, así que sin ninguna excusa se lo di:

—Mark.

—Mark —repitió ella, y sonrió.

Le miré los labios, sin poderlo evitar.

Estaba en problemas.

Necesitaba llevarla arriba, más que el aire que estaba respirando. Y, o me equivocaba mucho, o el sentimiento era mutuo.

Caroline me miraba con la vista desenfocada y la boca entreabierta, los labios rojos incitantes. Era hora de pasar a la acción.

Me acerqué un poco más a ella y le susurré al oído.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí —dijo ella enseguida, con un hilo de voz.

Dejó su copa encima de la barra, yo hice lo mismo, la cogí de la mano y empezamos a vadear gente, hacia las escaleras que subían hasta la segunda planta.

Caroline

BAJÉ DEL TABURETE, Mark cogió mi mano... el primer contacto fue electrificante. Miré nuestras manos unidas, la mía desapareciendo en la suya enorme, y respiré hondo.

Calma.

Esquivamos a la gente que estaba en la pista de baile, hasta llegar al pie de las escaleras que estaban en la parte izquierda.

Subimos por ellas, sin que Mark me soltase la mano en ningún momento.

Al llegar arriba, encontramos un descansillo y una puerta que Mark empujó. Me dejó pasar delante, pero nada más traspasar el umbral di unos pasos y me quedé parada, sin saber qué hacer.

LO PRIMERO QUE pensé fue que estaba oscuro, por eso no había seguido avanzando. Por eso y por que no sabía hacia dónde ir. Las únicas fuentes de luz eran dos hileras luminosas en el suelo del pasillo, a ambos lados, como las de los cines, supuse que para que la gente encontrase el camino en la oscuridad y no se matase, y algunos apliques en la pared, que despedían una luz tan tenue que me costó unos momentos acostumbrarme, parpadeando, hasta que mis ojos pudieron ver algo en medio de la penumbra.

Cuando me acostumbré a la falta de luz, vi que en la zona de la derecha había varios sofás, butacas y asientos, con pequeñas mesas en medio, bastante parecidos a los de la planta de abajo.

Había gente en ellos. No tanta como en el bar, pero había bastante gente. Imposible distinguir nada más que bultos, el rumor de conversaciones, algún gemido de vez en cuando.

Al menos sin acercarse mucho.

Cosa que no hice. Me había quedado clavada en el sitio.

Hacía calor, también mucho más que en la zona del bar. Me quité el chal, y escuché a Mark detrás de mí contener la respiración al ver la parte de atrás de mi vestido, mi espalda desnuda.

En uno de los oscuros sofás, el que estaba más cerca, había tres personas sentadas, dos hombres y una mujer. La mujer estaba besándose apasionadamente con uno de los hombres, mientras el otro le besaba el cuello desde atrás y metía una mano debajo de la falda de su vestido. No se veía nada, ni un centímetro de piel de más, pero la escena era tan erótica que me flaquearon las piernas.

Mark me puso una mano en la espalda desnuda, a la altura de la base, y

estuve a punto de dar un salto.

Se acercó a mí por detrás y me dijo al oído:

—Vamos a explorar un poco.

Empecé a andar por el pasillo con Mark, que no quitó su mano de mi espalda.

A la derecha del pasillo estaba la zona amplia con los sofás. A la izquierda había varias puertas a lo largo de la pared, al lado de cada una de las puertas una especie de ventana de cristal grande que daba al pasillo, con persianas de lamas entreabiertas o completamente cerradas. Avanzamos un poco más hasta una de las cristaleras que tenía la persiana levantada, y al llegar a su altura Mark me detuvo con la mano para que me parase frente a ella.

Lo que vi tras el cristal hizo que dejase de respirar.

AL OTRO LADO de la ventana había una habitación, no muy distinta a la habitación de cualquier hotel, pero con más clase: las paredes pintadas de púrpura, una cama en el centro, dos mesitas a los lados, dos apliques, uno encima de cada mesita, que iluminaban tenuemente la estancia. Las sábanas de la cama eran de satén morado, haciendo juego con la pintura de las paredes.

No era la habitación lo más llamativo, ni las sábanas de la cama, sino lo que estaba sucediendo en ella.

Sobre la cama había un mujer desnuda, a cuatro patas, mientras un hombre, de rodillas también sobre la cama y también desnudo, la penetraba por detrás, con tanta fuerza que en un momento dado los brazos vencieron bajo ella y se limitó a apoyar la cabeza en los brazos cruzados sobre la cama, mientras él seguía embistiendo desde atrás.

El hombre la cogió de las caderas y la atrajo hacia él, mientras empujaba hacia adelante.

La mujer tenía la frente perlada de sudor. Los pechos grandes, pesados, de pezones oscuros se movían con cada embestida.

Estaban perpendiculares al cabecero de la cama, así que la vista era perfecta, de perfil, las expresiones de placer en sus caras, ella con la boca abierta y los ojos cerrados, él mordiéndose el labio inferior mientras observaba el lugar por donde estaban unidos.

Los dos tenían una máscara negra puesta, como la que me había llegado

por correo junto con la tarjeta de entrada y que tenía en mi bolso de mano.

Aguanté la respiración sin darme cuenta. No es que nunca hubiese visto porno, pero una cosa era ver un acto sexual en una pantalla y otra verlo en directo, aunque fuese a través de un cristal. Me sentía bien y al mismo tiempo mal, como una *voyeur*, una mirona, como si estuviese invadiendo su intimidad —aunque me imaginé que ellos habían elegido ser vistos. Por otra parte, no podía apartar los ojos de la escena. Me empezó a latir el pulso en la base del cuello.

—¿Te gusta mirar? —preguntó Mark, cerca de mi oído.

Tragué saliva.

—No... no lo sé.

Y era verdad, no lo sabía. O mejor dicho, lo sabía, si la humedad concentrándose en mi sexo era pista suficiente, pero nunca me lo habría imaginado.

—¿Ellos pueden vernos?

Casi como si hubiese podido escuchar mi pregunta, la mujer abrió los ojos y volvió la cabeza un instante, hacia la ventana, y sonrió, antes de cerrar los ojos de nuevo, invadida por el placer.

Aunque quizás no me había sonreído a mí. Quizás había un espejo por el otro lado.

—Sí, pueden vernos —respondió Mark.

Oh.

Estaba justo detrás de mí, casi pegado a mí. No me estaba tocando, pero sentía el calor que emanaba de su cuerpo, de su piel. Dios.

No podía quitar la vista de la pareja detrás del cristal. Estaba ardiendo, y quería, *necesitaba* que Mark me tocara.

—¿Puedes tocarme, por favor? —dije, en un susurro casi inaudible.

Me apartó el pelo, sentí sus labios en el lado derecho de mi cuello y se me licuaron las piernas.

—¿Mmm?

Podía sentir su respiración, el roce de sus labios justo detrás de la oreja.

—Quiero tus manos sobre mí —dije, casi en un susurro.

Mark

OH, sí. Por fin. Estuve a punto de soltar un grito de triunfo cuando escuché a Caroline susurrar que la tocara, pero logré contenerme a tiempo. Me pegué a ella por detrás. Quería que sintiese mi erección, el bulto de mis pantalones en la parte baja de su espalda. Supe que lo había notado porque la oí tomar aire.

—Este vestido es demencial —lo moldeé con las manos—. Me está volviendo loco.

Metí las dos manos por la abertura de la espalda, debajo de la tela del vestido, y rodeé con ellas su cuerpo hasta encontrar sus pechos desnudos. Los cubrí con mis manos, acariciándolos, mientras con los pulgares prestaba especial atención a sus pezones erectos.

Caroline gimió, bajito.

Entonces la escena tras el cristal cambió. Otro hombre, que había estado fuera del ángulo de visión de la ventana hasta entonces, entró en escena y se acercó, desnudo, al otro extremo de la cama, donde la mujer tenía todavía la cabeza entre sus brazos.

La mujer levantó la cabeza, le sonrió, se medio incorporó y se metió su sexo en la boca, mientras el otro hombre seguía penetrándola por detrás.

Noté cómo Caroline tomaba aire y dio un paso hacia atrás, o lo intentó, porque estaba tan pegado a ella que le fue imposible moverse.

Saqué la mano derecha de su escote y recorrí el camino hacia su muslo. La metí debajo de la falda y le acaricié levemente la parte interior del muslo.

Caroline echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en mi hombro.

—¿Quieres que vayamos a una habitación? —le susurré al oído.

—Sí, por favor —respondió inmediatamente, embargada por el éxtasis.

Caroline

NO ME FIJÉ en la decoración de la habitación. Advertí vagamente que era diferente a la que acababa de ver, en ésta las paredes eran verde jade, y las sábanas de la cama de raso verde oscuro. Igual que en la otra, una cama grande, dos mesitas, alguna cosa más. Nada de terciopelo rojo ni cadenas colgando del techo. Nada de lo que tenía en la cabeza cuando pensaba en un club de sexo.

Pero como decía, tampoco me fijé mucho. Tenía la mente ocupada en otro tipo de cosas.

Había temido, hasta entonces, que todo aquello no fuera más que una mera transacción. Que la anticipación, el deseo, el hormigueo que sentía en la columna vertebral, bajando por mi espalda, desapareciese una vez confrontado con el hecho en sí, la realidad de un cuerpo desnudo, una piel que no era la mía.

Era mi principal problema, el principal obstáculo a la hora de entrar al club. Lo que más me preocupaba, lo que me echaba para atrás. Que no fuese más que una transacción fría, un mercado de carne en el que metías unas monedas y una voz metálica decía *su tabaco, gracias. Su cuerpo desnudo, gracias. Su orgasmo, gracias.*

Pero no fue así en absoluto.

También era verdad que nada de eso pasó por mi mente, ni siquiera recordé mis reticencias y prejuicios, cuando Mark cerró la puerta y se acercó a mí, quedándose tan solo a un centímetro o dos, tentándome. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y que me atraía hacia él como un imán, aunque no nos estábamos tocando. Y todo voló de mi cabeza, no éramos más que dos personas que se habían conocido en un bar, una noche de sábado, y que queríamos —no; *necesitábamos*— pasar juntos lo que quedaba de esa noche.

Mark

CÁLMATE, no metas la pata, me dije a mí mismo.

Tuve que repetírmelo una y otra vez, mientras miraba a Caroline, delante de mí, expectante, los labios entreabiertos, el vestido —sin sujetador— que no dejaba lugar a la imaginación. Y tenía miedo de asustarla, de que la intensidad de mi deseo fuese demasiado para ella.

Porque era demasiado para mí.

—¿En qué piensas? —dije estúpidamente, como si fuera un chaval de quince años y no un hombre de treinta y cinco.

—En que hace calor —Caroline se pasó la lengua por los labios, y de repente perdí el pulso—. Y en que tenemos demasiada ropa encima.

Y procedimos a solucionarlo.

Caroline

MARK EMPEZÓ A DESABROCHARSE la camisa gris oscura, y me quedé hipnotizada. Como bien había adivinado antes, no solo tenía músculos en los antebrazos, tenía músculos *por todas partes*.

Con la camisa abierta se acercó a mí, y se dedicó a inspeccionar mi vestido.

—¿Tiene una cremallera, o...?

—No, tienes que... —hice el gesto de sacarlo por la cabeza.

—Mmm.

Metió las manos bajo el borde inferior del vestido. Arrastró los nudillos suavemente por el exterior de mis muslos mientras me miraba a los ojos. Noté mi respiración acelerarse, y antes de que me diera cuenta tiró del vestido hacia arriba, y en menos de un segundo había desaparecido.

No vi dónde cayó el vestido. Estaba demasiado ocupada poniéndome nerviosa bajo la fija mirada de Mark.

Sabía lo que estaba viendo, pero eso no lo hacía más fácil.

Estaba acostumbrada a menos luz, a estar menos expuesta. Aunque la luz era tenue (cuando entramos en la habitación, Mark había pulsado un interruptor que había encendido dos apliques a ambos lados de la cama), estaba acostumbrada a quitarme la ropa deprisa, casi en la oscuridad.

Pero ahora no tenía donde esconderme. Estaba totalmente expuesta delante de Mark.

Paseó la mirada por mi cuerpo y sentí el recorrido de sus ojos como una estela de fuego.

Sabía lo que estaba viendo: piel blanca, pechos normales, ni grandes ni pequeños, que me permitían prescindir del sujetador cuando el vestido lo requería, como en aquella ocasión.

Estaba completamente desnuda, salvo por el tanga de encaje negro y los zapatos de suela roja.

Mark seguía vestido, excepto por la camisa desabrochada. Estaba un poco cohibida, consciente de mí misma, pero por el bulto de su pantalón, la expresión de su cara y los ojos brillantes, parecía que le gustaba lo que veía.

Se acercó y pasó los dedos por mi melena roja, que caía en cascada sobre mi espalda. Aproveché para deslizar la camisa por sus brazos y la dejé caer al suelo, tampoco miré dónde cayó, supuse que estaba haciéndole compañía a mi vestido.

Tenía algo de pelo en el pecho, no mucho, lo suficiente para que cuando mis pezones se acercasen la sensación fuese intensa. Hice un ruido en el fondo de la garganta, y se nos terminó la paciencia a la vez.

Con una mano en mi espalda y otra enredada en mi pelo, me atrajo hacia sí y me pegó a su cuerpo, bajó la cabeza y me besó.

Fue un beso salvaje, hambriento, su lengua invadiendo mi boca, sus labios magullando los míos... una de sus manos seguía en mi pelo, pero la otra había bajado hasta mi trasero y me había empujado hacia él, la diferencia de altura haciendo que sintiese el bulto de su magnífica erección en el estómago.

Gemí en el fondo de la garganta, y a partir de ahí todo se nos fue de las manos.

Llegamos hasta la cama a trompicones, incapaces de separarnos, y caímos encima, enredados el uno en el otro.

Logré desabrocharle el cinturón, luego el botón del pantalón, y metí una mano por dentro. La cerré sobre su sexo, duro y caliente.

—¿Qué quieres? —preguntó Mark, casi sin aliento. Me alegré de no ser la única que estaba afectada.

—A ti. Dentro. Ya —tenía el cerebro tan nublado que ya ni siquiera podía construir frases enteras.

Mark soltó una carcajada, y dijo:

—Paciencia.

Paciencia, *ja*. Era muy fácil de decir, sobre todo para él. Con la pinta que tenía Mark, dudaba muchísimo de que llevase el tiempo que llevaba yo en el dique seco.

Estaba *desesperada*.

Además, yo solo tenía una minusculísima prenda de ropa encima, y Mark todavía tenía los pantalones y los zapatos puestos.

Había que aligerar.

Nos dimos la vuelta, cambiando posiciones, y Mark me inmovilizó con su peso sobre la cama.

—Un momento —dijo, dándome un beso en el cuello—. No te muevas.

Se levantó y en el borde de la cama se quitó primero los zapatos, y luego el pantalón. Arrastró su ropa interior con los pantalones. Me incorporé sobre los codos, para poder ver mejor, y no pude evitar quedarme con la boca abierta.

Era como una estatua de bronce. Perfecto y musculoso. Tuve un momento

de pánico cuando le vi sin ropa (era enorme), pero también ganas de empezar a dar volteretas (era enorme). No me dio tiempo a escrutar mucho, porque enseguida volvió a tumbarse en la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo, y ya no pude pensar en nada más.

Excepto en una cosa:

No. Definitivamente, *no podías* encontrar un hombre como aquel en Tinder, ni en todo internet.

* * *

—PON las manos en el cabecero.

—¿Qué?

Mark me cogió las manos y las llevó al cabecero de la cama.

—Sujétate —me dijo, y agarré los barrotes de hierro.

Luego deslizó la minúscula pieza de ropa interior que todavía llevaba puesta suavemente por mis muslos.

—Separa las piernas —dijo.

Y así lo hice.

Apenas me había tocado y ya estaba super excitada, por la posición, la postura, la situación y el increíble cuerpo de Mark.

Pensé que iba a dedicar algo más de atención a mis pechos, pesados y con los pezones erectos, esperando caricias y atención, pero cerré los ojos y lo siguiente que sentí fue directamente su lengua en el centro de gravedad, lamiendo, succionando e invadiendo.

Grité.

Cogió mis muslos con las manos y me levantó un poco de la cama, enterró la cara en mi sexo y empezó a lamer.

Oh dios, diosdiosdios.

Dios.

El sexo oral era algo que normalmente me ponía tensa, porque era una lotería, al menos en mi experiencia, y siempre me sentía obligada no solo a devolver el favor, sino a aparentar que sentía más de lo que sentía. Siempre había pensado que el sexo oral no era para mí, que la fama que tenía era innecesaria.

Hasta entonces.

Eran sensaciones que no había tenido nunca. Era un maestro. Con la parte

rugosa de la lengua atacó el clítoris, para luego pasar a dar ligeros mordisquitos... De repente introdujo dos dedos dentro de mí, sin dejar de lamer, y luego tres, y fue cuando tuve un orgasmo, de repente, sin avisar, sin poder pararlo.

Arqueé la espalda hasta casi levantarme de la cama, sin soltarme de los barrotes, mientras Mark seguía lamiendo y penetrándome con sus dedos.

Todavía estaba recuperándome, intentando normalizar la respiración y entender qué había pasado, cuando subió hacia arriba, levantó mi pierna derecha agarrándola por el muslo y entró dentro de mí.

Voy a decirlo de nuevo, porque merece ser repetido: *entró dentro de mí.*

Fue una invasión.

Era enorme, increíblemente grande. Vale, ya le había visto antes. Pero de alguna manera pensé que se tomaría su tiempo, que iría poco a poco para que pudiese acostumbrarme a él, a su tamaño...

Pero no. Entró en una sola embestida, mientras todavía me duraban los espasmos del orgasmo, y de repente me encontré tan llena, más de lo que había estado nunca, que estuve a punto de tener otro seguido.

Aunque sabía que no era posible. Un orgasmo por sesión, con suerte, era lo único que había conseguido hasta ahora en mis treinta años de vida. Más de uno era algo que una solo encontraba en las leyendas y en los libros románticos.

—¿Estás bien? —preguntó, y solo pude asentir con la cabeza, porque había perdido el habla.

Abrí los ojos. Los suyos, ámbar, me miraban desde unos centímetros de distancia. Me miró fijamente para asegurarse de que estaba bien y entonces sonrió, un poco de lado.

—Bien.

Fue entonces cuando empezó. Mientras con una mano me sujetaba la pierna, con la otra me acariciaba los pechos, pellizcándome los pezones. Retrocedió y volvió a entrar, lentamente, tanto que noté cómo alcanzaba todos los puntos que tenía que alcanzar dentro de mí, despacio, extremadamente despacio, más de lo que podía soportar.

Arqueé la espalda y separé las manos del cabecero para poder pasarlas por sus bíceps, los músculos del pecho y de la espalda.

—Las manos en los barrotes, Caroline.

—Pero quiero tocarte... —protesté, las manos ya en aquel magnífico culo, urgiéndole a que entrase de nuevo.

Se quedó en la entrada, parado, en tensión.

—Las manos en los barrotes.

—Vale, vale —dije, contrariada, y le escuché reírse, antes de volver a embestir, y ya me olvidé de todo.

—Joder, me encanta tu coño. Es súper estrecho, apretado... —se metió uno de mis pezones en la boca y succionó.

Necesitaba tocarle. El no poder hacerlo, el estar a disposición de Mark mientras me penetraba una y otra vez, llegando cada vez más al fondo, me puso otra vez al borde del precipicio.

Me cogió las piernas y subió mis rodillas hasta el pecho, para poder entrar más profundamente.

—Mark —dije entre gemidos.

—Sí —respondió él con un gruñido, mientras las embestidas se volvían más fuertes, más rápidas.

—¡Mark!

—Sí, sí, eso es... Eso es...

Fue entonces cuando me caí de nuevo, gritando y arqueando la espalda, agarrándome con fuerza a los barrotes del cabecero de la cama, fuegos artificiales explotando en todos los poros de mi piel, y dejé de ver a Mark para solo sentirle.

* * *

EL MILAGRO SE HABÍA PRODUCIDO: había tenido dos orgasmos, cuando uno solo ya era un acontecimiento tal que una podía redondear la fecha en el calendario.

Pero Mark no había acabado, de hecho, ni siquiera había empezado, si el despliegue de energía que mostraba era pista de algo.

ESTABA SENTADO EN LA CAMA, con las piernas juntas, las rodillas flexionadas. Yo estaba sentada a horcajadas sobre él, las piernas cruzadas tras su espalda.

Me agarró de las caderas para que me quedase quieta, pero me estaba costando un mundo. Gotas de sudor caían por mi nuca.

—¿Qué sientes?—dijo, y acarició mi clítoris con la yema de los dedos, suavemente.

Gemí e intenté moverme, sin éxito. Había olvidado cómo hablar.

Mordió uno de mis pezones, ligeramente, y luego lo soltó.

—¿Me sientes dentro de ti? —volvió a preguntar.

—Sí, te siento —dije casi sin respiración. Y eres enorme, podía haber añadido, y duro como el acero, y parecía que se estaba haciendo más grande por momentos, o igual era la postura, que hacía que llegase más hasta el fondo que nunca.

Pero a pesar de la situación en la que estábamos, que no podía ser más íntima, todavía no me sentía del todo cómoda diciendo según qué cosas.

Era algo que tenía que superar. De hecho, tenía que haberlo superado en cuanto entré por la puerta del club.

O en cuanto caí encima de la cama con un hombre del que no sabía ni su apellido.

—Mark, quiero... —cerré los ojos, y me pasé la lengua por los labios—. Quiero moverme. *Necesito* moverme.

Me apretó las nalgas con las manos.

—Móntame.

No hacía falta que me lo dijera dos veces. Me apoyé en sus hombros y empecé a subir y bajar, empalándome en su polla en cada bajada.

—Eso es, muy bien... ¿qué sientes ahora?

Me pasé la lengua por los labios, y empecé a perder las inhibiciones y decir lo que primero que se me pasaba por la cabeza, todo lo que sentía en aquel momento.

—Me siento llena... estoy llena de ti, tu polla metida hasta dentro... te siento dentro de mí...

Me ardía la cara, pero me di cuenta de que en el calor del momento no parecía tan ridículo... no era ridículo mientras tenía una polla dura dentro, y grande, la más grande que había probado nunca... volví a subir y a bajar, mientras le acariciaba el pecho, los bíceps, le pasaba la mano por el pelo...

Empecé a subir y a bajar cada vez más rápido, el placer tan intenso que tuve que cerrar los ojos.

—Eso es, así, cariño, rápido... Fóllame —dijo Mark.

Eché la cabeza hacia atrás y Mark me sujetó por la espalda... era increíble la postura, lo adentro que llegaba al bajar... lo notaba dentro de mí, cada vez que bajaba rozándome en los sitios clave, hasta que noté que me iba a correr, otra vez, increíblemente, volví a echarme hacia adelante y le dije al oído, sin dejar de subir y bajar:

—Me voy a correr, me corro...

Entonces me ayudó con las manos en mi culo, fue él quien me subió y bajó cuando ya no pude moverme más.

Empecé a convulsionar alrededor de él, echando la cabeza hacia atrás, perdiendo totalmente el control.

—Córrete en mi polla... eso es, apriétame bien.

Me agarré a él, a sus hombros y brazos musculosos para no perder el equilibrio, mientras intentaba recuperar el ritmo de mi respiración, sin éxito.

* * *

Mark

CAROLINE ESTABA BOCA ABAJO, sobre la cama, con las piernas abiertas.

Yo estaba tumbado sobre ella, apoyándome sobre los codos para no aplastarla con mi peso, mientras hundía mi polla dura en su coño húmedo y caliente, una y otra vez.

La estaba follando, duro, intenso, sin darle un momento de tregua. Iba a correrse otra vez, y esta vez yo iba a acompañarla. Lo habría hecho en el último orgasmo, pero era una noche especial, y quería que durase.

Caroline estaba exhausta. Después de tres orgasmos, no me extrañaba.

Pero también estaba hambrienta, hambrienta como una mujer que ha pasado hambre toda su vida, hambre de placer y de orgasmos. Hambre de una buena follada, larga y dura.

Así que se la estaba dando.

—No pares, no pares, por favor —gimió Caroline.

—No voy a parar —respondí entre gruñidos, y apenas reconocí mi propia voz.

Miré hacia abajo, mi polla desapareciendo dentro de ella, entrando y saliendo. Una y otra vez, una vez más, llenándola. Caroline gemía, los ojos cerrados, las manos estrujando las sábanas.

—Por favor por favor no pares, sigue así, así... —dijo en un susurro, y en el último lugar cuerdo de mi mente me pregunté con qué clase de perdedores, de gilipollas se había encontrado en el camino para que su mayor miedo fuera que la dejaran a medias.

Así que seguí penetrándola, moviendo mi polla en círculos mientras se la

metía, cada vez más profundo, más adentro, cambiando el ángulo en cada embestida, observando mi propia polla desaparecer en el coño más dulce que había tenido el placer de probar últimamente.

Joder, estaba a punto de correrme. La agarré de las caderas y la incorporé en la cama, hasta que quedó a cuatro patas. La sujeté con fuerza y aumenté la potencia de mis embestidas, hasta el punto de que sus rodillas casi se despegaban de la cama con la fuerza de mi polla. Se sujetó al cabecero con una mano mientras con la otra se apoyaba en la cama, y se echaba hacia atrás para encontrarme a medio camino.

Le pellizqué los pezones con la mano libre, mientras seguía follándola, una y otra vez, ensanchándola.

Eché la cabeza hacia atrás, todo aquel pelo rojo magnífico cayendo sobre su espalda, pegándose a su espalda perlada de sudor.

Caroline había dejado de gemir para empezar a gritar.

—¡Ah, ah! ¡Eso es, así, sí, dame bien, fóllame, más, más fuerte!

Era imposible darle más fuerte, a no ser que la partiese en dos, pero lo que sí podía hacer era hacerlo más... interesante, por decirlo de alguna manera.

Me paré dentro de ella, metido hasta el fondo. Posé la vista en su extraordinario culo y tuve que cerrar los ojos un par de segundos y respirar hondo para poder calmarme.

Caroline emitió un gemido de protesta.

—¿Por qué has parado?

Le di un azote en el culo, con la palma de la mano. Me arrepentí al instante, porque los músculos de su coño se apretaron alrededor de mí — parece ser que le había gustado— y tuve que respirar profundamente un par de veces más para no correrme.

—Dame un segundo.

Alargué la mano para coger el lubricante de uno de los cajones de la mesita. Abrí el bote y cubrí bien mi pulgar con el líquido resbaladizo. Podría haberme apañado sin el lubricante, pero no teníamos ya tiempo, ni ella ni yo; estábamos los dos pendientes de un hilo, a punto de terminar aquella magnífica sesión de sexo. Y quería hacerlo como merecía.

Empecé a acariciar su entrada trasera con el pulgar, y ella gimió.

Bien, muy bien. Empujé el dedo un poco, y cuando Caroline gimió de nuevo lo empujé un poco más, hasta que el pulgar estuvo entero dentro de su culo, hasta el nudillo.

—Tócate —dije, con la voz ronca.

Ella cambió la mano con la que se sujetaba al cabecero —la mano izquierda— y con la derecha hizo lo que le dije, acariciando primero mis bolas, luego el lugar por el que estábamos unidos.

No pude aguantar más, y empecé de nuevo con las embestidas, empujando, el ritmo brutal, casi salvaje, mientras mi pulgar seguía dentro de su culo.

Ella empezó entonces a masturbarse, a frotarse el clítoris, y supe que estábamos a segundos del final. Me concentré en que terminase ella primero; por el ritmo que llevaba y el volumen de sus gemidos, supe que estaba cerca.

Caroline

Oh Dios mío.

Estaba... estaba... No podía pensar. Ni siquiera podía respirar. Sentí su dedo pulgar entrando por mi culo, sondeando, profundo, luego más profundo, y me olvidé de respirar.

Era una sensación nueva, sumada a las que ya estaba sintiendo, y me eché hacia atrás para que pudiese penetrarme más profundamente, su dedo en mi ano, su polla en mi coño.

Entonces empezó a embestir otra vez, a penetrarme, cada vez más fuerte, magnífico, profundo, hasta el fondo, con su polla enorme, rápido, duro, y todo pensamiento voló de mi cabeza. Lo noté aproximarse, más intenso que las otras veces, oleadas y oleadas de algo más grande que yo, que aquella habitación, que todo lo que había sentido y experimentado hasta entonces, en toda mi vida. No sabía si iba a llorar, a desmayarme o todo a la vez.

—¡Así, sí, sí! ¡Así! ¡Fóllame, fóllame! ¡No puedo más, me corro, me estoy corriendo!

No pude sostenerme más y crucé los brazos sobre la almohada, apoyando la cabeza en ellos, mientras el orgasmo más intenso que había tenido en mi vida me sacudía desde los dedos de los pies hasta las puntas del pelo, haciendo que gritase sin control, sin saber exactamente qué estaba diciendo. En el fondo de mi mente creí escuchar a Mark jurando a su vez, una retahíla de juramentos bronca y larga, tras lo cual sus embestidas se hicieron más erráticas, hasta que se quedó quieto y le sentí llenarme, caliente y espeso.

* * *

MARK TUVO que ayudarme a ponerme el vestido, porque un rato después todavía tenía las manos temblorosas y las piernas no me sostenían del todo.

Estaba cansada, satisfecha y saciada; cinco minutos más y me habría quedado dormida. Sentía como si tuviese los músculos rellenos de gelatina

Aparte, no podía dejar de sonreír, como si tuviera una percha en la boca.

Fue entonces cuando me fijé en la ventana que daba al pasillo, frente a la cama, afortunadamente con la persiana de lamas cerrada.

—La ventana está cerrada —dije, simplemente.

—Sí, está así por defecto —respondió Mark.

Luego me miró, levantando una ceja.

—Si quieres la próxima vez podemos levantarla, si es lo que te va.

Sonreí, no pensando en la ventana —no, no estaba preparada para que todo el mundo que pasase por delante me viese tener sexo, la verdad—, sino por lo de “la próxima vez”.

Eso fue lo que dije, sin poder dejar de sonreír.

—¿La próxima vez?

Mark también sonrió, mientras me cogía de la cintura.

—Vas a volver, ¿verdad? —preguntó.

Puse las manos en sus hombros.

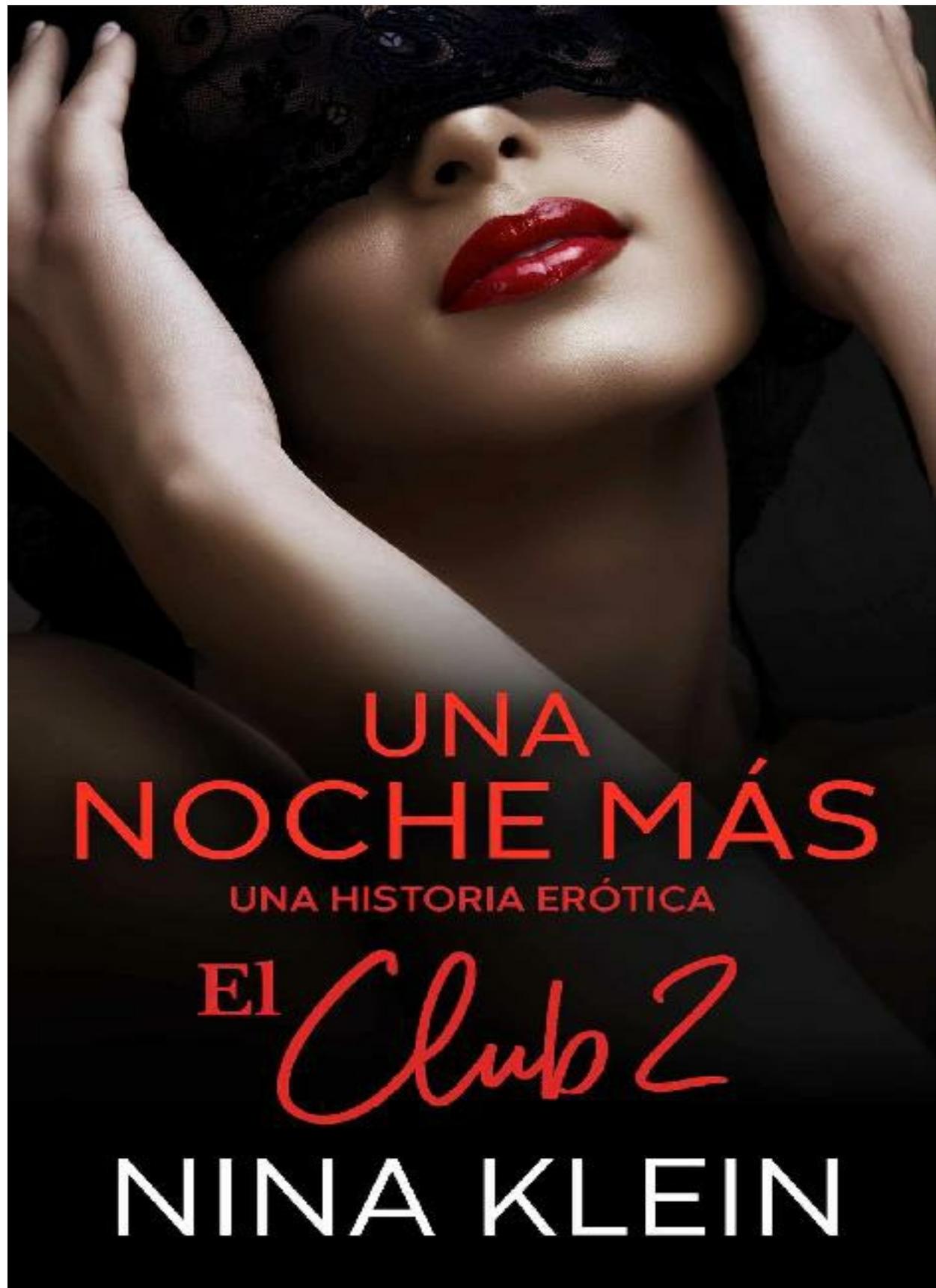
—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—Es una cita, entonces —dije.

—Sí que lo es —respondió Mark, en voz baja. Luego inclinó la cabeza y me besó.



UNA
NOCHE MÁS

UNA HISTORIA ERÓTICA

El *Club 2*

NINA KLEIN

EL LUNES DE CAROLINE

Caroline

El lunes siguiente, a la hora del café, en cuanto llegué al lado de la máquina vi a Chloe salir disparada de su cubículo hacia mí.

Después del sábado por la noche que había pasado con Mark — todavía me flaqueaban las piernas cuando me acordaba— me había pasado el domingo tirada en el sofá, sin hacer nada productivo. Tenía que recuperarme para poder empezar la semana como un ser humano, porque la sesión de sexo en *Poison* —bueno, *las sesiones*— me habían dejado hecha polvo. Estaba claro que no estaba acostumbrada a ese ritmo.

Así que allí estaba, lunes a media mañana, la hora del café, dispuesta a someterme al interrogatorio de Chloe.

Llegó a mi lado en dos segundos. Juro que casi la vi derrapar.

—No puedo con la intriga, llevo todo el fin de semana mordiéndome las uñas... esto es un sinvivir. ¿Fuiste al club al final? Dime que has ido —dijo, sin saludar ni nada, en cuanto llegó a mi lado.

Cogí mi café de la máquina, que acababa de hacerse.

—He ido —confirmé.

—¿Y? No me dejes en ascuas. ¿Me vas a invitar a uno de estos horriblos cafés de máquina, o qué?

Metí el medio dólar escaso que costaba el aguado café de la máquina.

—Creo que con uno no va a ser suficiente. Creo que te debo por lo menos un café al día por el resto de mi vida.

—¿Tan bien te fue? —preguntó Chloe, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mejor —le respondí, también sonriendo de oreja a oreja.

Pero eso no era nuevo. Era lunes, y desde el sábado por la noche parecía que llevaba una percha en la boca.

—Oh dios mío Chloe, *diosmíodiosmío* —me di aire con la mano—. Conocí a un hombre... no te lo puedes ni imaginar.

Le describí a Mark con todo lujo de detalles.

Bueno, *con todo lujo de detalles* no. Me guardé algunos detalles para mí. Los de debajo de la ropa, para ser más concretos.

Cuando acabé de describirle, Chloe abrió mucho los ojos y se tapó la boca con la mano, para no gritar, pero no lo consiguió.

—¡Oh dios mío! ¡No me lo puedo creer! —dijo por fin.

Elevó un poco el tono, y algunas cabezas se dieron la vuelta en sus cubículos para mirarnos con desaprobación.

—Quiero decir, oh dios mío —repitió Chloe bajando la voz—. ¡Es Mark Knight! Es el dueño del club, Caroline, te ha tocado la lotería...

Sentí una —totalmente inexplicable— punzada de celos que no venía a cuento de nada.

—¿Le conoces? —pregunté.

Chloe negó con la cabeza, y me relajé un poco.

—No, pero sé quién es. No suele mezclarse con los clientes. Solo le he visto cruzar el local de vez en cuando, un par de veces... Mi acompañante me dijo quién era, eso es todo. Está para mojar pan, como para olvidarle...

Sonrió y le dio un sorbo a su café.

—Tu primera visita al club, y ha sido llegar y besar el santo... —siguió diciendo Chloe—. Estoy súper celosa.

Absurdamente, también lo estaba yo. No podía explicar por qué, tampoco, pero la idea de que Chloe pudiera haber estado con Mark me ponía un poco los nervios de punta.

Menos mal que no era el caso.

—¿Entonces vas a hacerte socia definitiva del club, verdad? Ya habrás recibido el email de confirmación... La verdad es que la cuota es una pasta, pero bueno, es una vez al año... y merece la pena totalmente. Bueno, qué te voy a contar a ti —dijo riendo Chloe.

A mí se me había congelado la sonrisa en la cara.

—¿El email de confirmación? —pregunté.

Lo había olvidado completamente. La semana anterior, al inscribirme, me dijeron que la primera entrada era gratis, y que si decidía volver me

mandarían una tarjeta de socia definitiva, después de abonar la cuota.

A Chloe también se le cambió la cara cuando advirtió el tono de mi pregunta.

—Sí... Te lo envían después de que hagas uso de la primera entrada gratuita. No es más que un enlace para pagar, si es que quieres hacerte socia. Una vez que pagas te envían la tarjeta para entrar.

Se hizo un silencio incómodo.

—Sí, ya sé lo que es —miré mi vaso de café. De repente no me apetecía nada. Tenía un agujero en el estómago—. Lo que pasa es que no me acordaba. Y no, no he recibido nada...

—Bueno, es muy pronto —dijo Chloe con falsa jovialidad—. Estoy segura de que está en camino. Mira en la carpeta de *spam*, por si acaso.

Y acto seguido empezó a contarme el fin de semana que había pasado visitando la casa de sus padres en las afueras, anécdotas a cual más alocadas de sus sobrinos, perro, gatos y pájaros varios.

Estoy segura de que estaba intentando hacerme reír, animarme, pero solo pude escucharla con media oreja mientras se me caía el alma a los pies.

VALE. O sea, que yo recordaba una noche maravillosa y a un tipo estupendo, y a saber qué debería estar pensando de mí para que ni siquiera me hubiesen invitado a unirme al club.

No era como si le hubiese prendido fuego a un sofá, o algo, para que no me quisieran de vuelta...

Probablemente Mark se arrepentía de la noche del sábado. Estaba acostumbrado a todo tipo de proezas sexuales (al fin y al cabo, era *el dueño* de un club de sexo), y yo era una novata que daba más vergüenza que otra cosa. Me había regalado unos cuantos orgasmos posiblemente por pena. Y ahora no quería tropezarse conmigo en el club, porque no quería sentir que tenía el compromiso de pasar tiempo conmigo, y lo había solucionado no mandándome la invitación.

Perfecto.

El caso es que yo no le recordaba así. Yo le recordaba amable, atento. Increíblemente sexy.

Pero no encontraba otra explicación.

A lo mejor simplemente se habían retrasado un poco... al fin y al cabo, solo era lunes por la tarde.

CUANDO LLEGUÉ a casa después del trabajo me abalancé sobre la tarrina de helado que tenía en el congelador, y me recordé a mí misma que tenía que comprar más.

* * *

CHLOE NO VOLVIÓ A MENCIONAR el asunto a la hora del café, sobre todo cuando llegó —y pasó— el martes, luego el miércoles, y aún no tenía noticias del club.

Estupendo. Otra vez había mordido el polvo.

Tuve la tentación de reinstalarme *Tinder*. Al fin y al cabo, ahí las decepciones me las llevaba desde el principio. No había trampa ni cartón, no había engaño posible. La miseria que veías era la miseria que había. No te ilusionabas para luego nada.

EL JUEVES LLEGUÉ a casa del trabajo y estaba revisando el correo cuando abrí descuidadamente una carta, sin fijarme. En el interior había un papel tamaño folio de buena calidad, de color negro, doblado en tres partes. “Querida Caroline Faraway, bienvenida a *Poison*, nos complace enviarle...” empezaba la carta, en letras doradas.

Dejé de leer cuando vi una tarjeta de plástico negra pegada en la parte baja de la carta.

Era de plástico mate, con la palabra *Poison* grabada en dorado. La despegué, y por la parte de atrás tenía un código de barras.

No entendía nada. ¿No se suponía que para que me la enviaran tenía que pagar una cuota?

La llegada de la tarjeta me supuso cierto alivio, pero no hizo mucho por mejorar mi humor. Llevaba cuatro días torturándome absurdamente, y no sabía por qué no me habían enviado el enlace de pago. O algún tipo de información, *algo* para que no me quedase en ascuas.

Al día siguiente no podía, porque salía destruida del trabajo, pero el sábado por la noche iba a presentarme en el club.

Tenía que hablar con Mark. Aunque sinceramente, lo que menos me

apetecía era volver al club.

* * *

—¡Lo sabía! —dijo Chloe cuando le conté al día siguiente que la tarjeta había aparecido de repente en mi buzón.

—Pero no lo entiendo... ¿No debería haber pagado una cuota?

—No lo sé... —Chloe sonrió de repente—. Igual le gustaste tanto al dueño que te la ha perdonado—. Chloe subió y bajó las cejas un par de veces.

Fruncí el ceño. No era algo que me llenase de júbilo, tampoco. Era raro, y requería una conversación con Mark. Hablar las cosas, no hacerlas sin más.

—¿Cuánto es la cuota anual?

Chloe mencionó una cifra que hizo que me temblaran las piernas. Era prácticamente una mensualidad de alquiler de mi piso.

Y mi piso no era precisamente barato.

—Se puede pagar mensualmente, para que no sea tanto desembolso de golpe —me dijo—. Pero entonces sale algo más caro...

Estaba estupefacta. Era una cantidad de dinero demencial. Sí que es verdad que el club era bastante exclusivo, supuse que parte de su atractivo se basaba en eso...

—Entonces, ¿vas a volver este fin de semana? —me preguntó Chloe.

—Sí. Tengo que hablar con Mark.

Chloe me miró con el ceño fruncido.

—No le des más vueltas, Carol. Coge la tarjeta, disfruta y ya está. Después de todas las citas horribles que has tenido que soportar, te lo mereces...

ME HABRÍA GUSTADO NO DARLE MÁS vueltas, simplemente disfrutar, como decía Chloe, pero no podía evitarlo...

¿Por qué no me habían cobrado la cuota? ¿Qué significaba? ¿Qué ya había... *pagado*?

Igual me estaba complicando la vida a lo tonto, pero no me sentía cómoda con la situación.

EL LUNES DE MARK

Mark

Estaba en mi despacho, haciendo papeleos del negocio, cuando Paul entró por la puerta. Sin llamar, como siempre.

Se sentó en la silla al otro lado del escritorio, e intenté seguir con lo que estaba haciendo e ignorarle.

Si Paul tenía algo que decir, iba a decirlo. No hacía falta que le preguntase qué quería.

Y más o menos me imaginaba por dónde me iba a salir.

—¿No me vas a contar lo que pasó el sábado por la noche? —dijo por fin.

Bingo. Sabía perfectamente a lo que había venido a mi oficina. Porque a ayudarme con las tareas administrativas no era, eso seguro.

Era lunes por la mañana, tenía una montaña de papeles brutal de la que ocuparme, además de hojas de cálculo varias, facturas y nóminas, y no tenía ninguna gana de jugar a los jueguitos de Paul.

Así que decidí terminar aquella conversación cuando antes, para poder volver a mi trabajo antes de que me diesen ganas de pegarme un tiro.

Levanté la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio para mirar a Paul.

—¿Qué pasó el sábado por la noche? ¿A qué te refieres? Sabes perfectamente dónde estaba y qué hice el sábado por la noche.

Paul se inclinó un poco hacia adelante en la silla.

—A eso me refiero, precisamente. Saliste disparado sin decir nada, y de repente te veo en el monitor, ligando con una pelirroja... cuando es algo que

no habías hecho nunca. Y no solo eso, te la llevaste *arriba* —puso énfasis en arriba—. Que es algo que tampoco habías hecho nunca.

Me recosté en la silla. Estaba cansado. Mis recuerdos del sábado por la noche eran tan buenos que intentaba no regodearme mucho en ellos, para no caer en la tentación de averiguar la dirección de Caroline, presentarme en su casa como si fuese un acosador y que ella saliese corriendo en dirección contraria.

Resumiendo, intentaba no pensar en ella porque no tenía forma de aliviar mi condición cuando me ponía a pensar en ella.

No sé si me explico. Creo que se me ha entendido.

—Si ya sabes lo que pasó, ¿qué quieres que te cuente exactamente? —le dije a Paul—. Tengo un montón de trabajo. Y podías ayudar, por cierto.

Paul miró los papeles encima de mi mesa y la pantalla de ordenador con la hoja de cálculo como si fuesen instrumentos de tortura.

—¿Por qué? Joder, estamos forrados. Podemos contratar un gerente, o una docena si hace falta. No hace falta que ninguno de nosotros se ocupe de estas minucias.

Dos cosas a puntualizar: sí, estábamos forrados, la verdad es que el club era muy popular y las cuotas de socios eran bastante elevadas. Podíamos permitirnos ser exclusivos. Y luego, las bebidas tampoco eran baratas. Pagábamos una pasta en sueldos (teníamos a los mejores, y eso había que pagarlo), pero el local era nuestro, el crédito que pedimos estaba pagado hacía ya un montón de tiempo, y los beneficios eran demenciales.

Y la segunda cosa a puntualizar: no quería contratar a alguien que llevase el club porque quería controlar esa parte del negocio. Sí, era horroroso a ratos, pero no me fiaba de que nadie más viese los datos personales de los clientes. Había gente famosa, incluso gente que se dedicaba a la política, y éramos conocidos por nuestra discreción. Me gustaba manejar los datos personales personalmente, valga la redundancia. No me fiaba de nadie más.

Esto se lo había dicho a Paul mil veces, así que no se lo volví a repetir.

Me quedé callado con la esperanza de que al no darle conversación se fuese y me dejase trabajar, pero fue en vano. Se recostó en la silla, como si tuviese todo el tiempo del mundo por delante para charlar.

Que de hecho lo tenía.

—¿Qué tal te fue? —Curvó los labios en una sonrisa—. La chica tenía que merecer la pena, para que rompieras tu regla de no mezclarte con la clientela.

Era una regla no escrita, pero sí, era la primera vez que me mezclaba con los clientes. Por lo menos en los últimos tiempos. Unos años atrás, cuando abrimos el club, había participado en algunas bacanales, sin que nadie supiese quién era. Luego empecé a ser conocido y decidí no mezclarme, para que no hubiera malentendidos, malos rollos ni cosas raras.

Paul no tenía esa regla ni la había tenido nunca. No era habitual, pero de vez en cuando sí que bajaba a la pista y se mezclaba con la gente.

También era verdad que, quitando a los empleados, la mayoría de la gente no sabía quién era Paul. Yo era la cara conocida, quien se encargaba de representar al club.

—¿Crees que va a volver? —preguntó Paul.

Se refería a Caroline.

No estaba del todo cómodo con la anticipación que estaba sintiendo. Ya había roto las reglas una vez, no quería que se convirtiese en una costumbre. No quería involucrarme demasiado. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

Mi cuerpo me decía que sí, mi mente me decía que no.

Normalmente le hacía caso a mi mente. Me gustaba tener el control y no verme dominado por mis impulsos.

Así que me encogí de hombros, para demostrarme a sí mismo y a Paul que me daba igual una cosa que la otra.

—No creo. No me importa. Me da igual.

—¿No te importa? —Paul me miró con incredulidad, mientras se daba la vuelta en la silla giratoria—. ¿Entonces no te importa que si aparece la aborde yo, verdad? Tenía un culo delicioso... Respingón, mmm...

No podía entender por qué se me encogía el estómago, ni la furia que sentí de repente.

—Si aparece, es mía —dije muy serio, y me sorprendí a mí mismo.

Paul ladeó la cabeza para mirarme con curiosidad.

—¿Y si le va, no sé, la aventura?

Joder. No lo había pensado. Empezaron a llegarme *flashes* del sábado anterior. Algunas de las cosas que habíamos hecho se habían quedado en el borde de lo “aventurero”, por llamarlo de alguna manera, y a Caroline no parecía desagradarle. Más bien todo lo contrario.

Sí, según mi experiencia, podía decir que le iba la aventura. La únicas preguntas eran a), si ella lo sabía y b), si se atrevería a explorar ese lado de sí misma... y si lo haría conmigo.

Extrañamente, eso no me ponía celoso ni me enfurecía, como me había pasado antes... ni siquiera me hacía sentir incómodo. Me di cuenta de que me servía con seguir estando presente, seguir siendo yo quien la introdujese en los placeres que todavía tenía por descubrir. Todo lo que todavía no había experimentado.

Me imaginé a Caroline en una habitación, rodeada de extraños, acariciando, explorando, lamiendo...

Bueno, *basta*. Que yo fuera un enfermo dispuesto a probar de todo no quería decir que Caroline tuviese que serlo, que tuviese que irle aquel rollo. Sonreí un poco, recordando cómo la semana anterior se había ruborizado cuando se había atrevido por fin a describir lo que sentía, y lo que quería...

—A mí también me gusta, me pone un montón —dijo Paul, y me sacó de mis pensamientos. Le vi pasarse la lengua por los labios—. Quiero su culo.

—Será lo que ella quiera. Ella decide.

—¿Está seguro de que va a ser ella quien tome la decisión? Quizás quieras quedártela toda para ti.

Paul era mi amigo, desde hace años, pero estaba empezando a irritarme.

—Estoy hablando en serio —dije, intentando transmitir la seriedad en mis palabras. Con Paul todo era diversión, ligereza y bromas—. No me importa compartir, y lo sabes, pero tiene que ser decisión suya. Tiene que ser ella quien decida.

Paul me miró, escéptico.

—Está bien —dijo finalmente.

TENEMOS QUE HABLAR

Caroline

*H*abía pasado una semana exacta desde la última vez, y allí estaba yo, otro sábado por la noche, en el mismo sitio, en la misma posición, casi con las mismas dudas en la cabeza.

Seguía siendo julio, volvía a ser una noche calurosa.

Me quedé parada en la acera, agarrando la correa de mi bolso, mirando el cartel del club que era igual que la tarjeta de socia que llevaba en la cartera.

Era la tarjeta de socia, supuse. No había pagado por ella, pero no se parecía en nada a la de cartón temporal que tenía la semana anterior.

Estaba en la acera, frente al club. Esta vez no tiraba del vestido hacia abajo. Más que nada porque no llevaba un vestido tan corto como el de la última vez. Tampoco me había gastado la pasta que me gasté la última vez. De hecho, era imposible que hiciese ese desembolso cada vez que fuese al club. Me había vestido como tantos otros sábados por la noche: una falda corta negra normal (pero no muy corta), una blusa de satén verde jade (que quedaba ideal con mi pelo color cereza) y, eso sí, los mismos zapatos de la semana anterior (tenía que amortizarlos).

Los nervios tampoco eran los mismos de la última vez. Esta vez eran diferentes. No sabía lo que iba a pasar, no sabía con lo que me iba a encontrar.

Tomé aire y me dispuse a entrar al club.

EL ARMARIO ropero de la puerta me escaneó la tarjeta y me sonrió como si nos conociéramos de toda la vida.

—Bienvenida, Caroline —me dijo cuando me devolvió la tarjeta.

Le devolví la sonrisa, pero un poco mosca. ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Quién más sabía que estaba allí?

Luego me di cuenta de que posiblemente le apareciese mi nombre en el escáner por el que había pasado la tarjeta.

Estaba un poco paranoica. Tenía que relajarme.

El portero me abrió la puerta, le di las gracias y pasé al vestíbulo.

—Miss Faraway —me dijo la mujer que estaba detrás del mostrador del ropero, la misma de la semana anterior—. ¿Le importaría esperar aquí un momento?

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Mark quiere darle la bienvenida personalmente.

Me pareció que la mujer sonreía con ironía. ¿No lo había dicho con un tono un poco extraño? ¿O solo me lo parecía a mí?

Me sentía incómoda. Empezaba a arrepentirme de haber ido allí aquella noche, el sábado anterior me parecía súper lejano y, de alguna manera, casi me parecía que había sido un sueño, que las cosas quizás no habían pasado como yo las recordaba. Quizás no había sido todo tan maravilloso, o solo lo había sido por mi parte; quizás Mark estaba ocupado con otra cliente y se veía en la obligación de despacharme... quizás por eso estaba esperando en el vestíbulo. A lo mejor iba a decirme eso, que no entrara al club... al fin y al cabo, tampoco había pagado nada...

Oh Dios. Humillación. Me quedé apartada en una esquina, los brazos cruzados sobre el pecho, intentando no hacer contacto visual con la encargada del ropero.

Entonces la puerta que daba al club se abrió y Mark salió por ella.

—Caroline —dijo simplemente, mientras se dirigía hacia mí.

Me sonrió y de repente se me quitaron todas las dudas, y no tuve más remedio que devolverle la sonrisa.

Mark

Llevaba toda la noche pendiente de ella. Me había puesto un aviso en el sistema para que cuando se escaneara su tarjeta en la puerta me mandase un mensaje, pero no hizo falta. Fue el portero quien me mandó uno, cuando la

vio dudar en la acera de enfrente.

Luego llamé a Monique, la encargada del ropero, y le dije que la hiciese esperar en el vestíbulo mientras bajaba a recibirla.

No quería que entrase al club sola, con toda la gente que había dando vueltas, como tiburones alrededor de un náufrago. El sábado anterior no llevaba ni treinta segundos sentada en la barra cuando el otro tipo había hecho acto de presencia.

Cuando llegué al vestíbulo y la vi, me di cuenta de dos cosas: de que era mucho más guapa y sexy de lo que recordaba —si eso era posible, y sí, lo era— y de que algo le preocupaba. Me sonrió nada más verme, pero tuve la sensación de que algo pasaba. Y no eran nervios, como la otra noche; o no eran solo nervios.

Era algo más.

Caroline

No, no lo había soñado: Mark era mejor de como le recordaba. Llevaba un atuendo muy parecido al de la semana anterior, pantalones de tela negra con una camisa oscura, estaba vez azul, las mangas recogidas dejando ver los antebrazos.

Se inclinó sobre mí y rozó mis labios con los suyos. Olía a madera, a sándalo, y el olor particular de Mark que recordaba del último sábado. De repente me vino a la mente la habitación, la secuencia de acontecimientos, y me empezaron a sudar las rodillas.

Y me puse roja. Roja no, rojísima; no me hacía falta tener un espejo delante para saberlo, tenía la cara ardiendo.

Ruborizándome con treinta años, delante del dueño de un club de sexo.

Mátame.

—Me alegro de que hayas venido —me dijo Mark, cogiéndome de los brazos.

—Y yo me alegro de haber venido.

Era verdad, aunque había estado a punto de salir corriendo un minuto antes.

Todavía me costaba sostenerle la mirada. Había cosas que tenía que aclarar, cosas que necesitaba saber.

Mark notó enseguida que mi ánimo no era el mejor.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupado.

—Sí... ¿te importa que vayamos a hablar a alguna parte?

Mark me miró con el ceño fruncido.

—Claro.

Me cogió de la mano, y juntos entramos al club.

ME DIO la sensación de que todo el mundo me miraba. Bueno, quizás no todo el mundo, pero vi varios pares de ojos dirigidos en nuestra dirección, con muestras de sorpresa, curiosidad y —casi la mayoría, y todas mujeres— envidia.

La verdad es que lo último no me sorprendía, podía entenderlo perfectamente.

Una camarera distinta a la de la semana anterior pasó por nuestro lado mientras rodeábamos la pista de baile.

—Gracias, Rachel —dijo Mark.

Cogió las dos copas que llevaba la camarera en la bandeja y me tendió una, y solo entonces me di cuenta de que era vodka con zumo de arándanos, lo mismo que había pedido la última vez.

Mark llevaba un whisky en la mano.

La camarera estaba preparada con nuestras bebidas ya listas.

¿No era eso un poco extraño? ¿Sería verdad que me estaba esperando?

Mark me llevó de la mano (la que no sujetaba la copa) hasta las escaleras que llevaban al piso de arriba.

—Quizás no sea la mejor idea —dije, parándome al pie del tramo de escaleras.

¿Le había dicho que quería hablar, y me llevaba directamente al piso de arriba?

No quería desilusionarme, pero no empezábamos bien.

Mark se dio la vuelta para mirarme. Sonrió un poco, y me apartó el pelo de la cara con la mano. Luego dejó la mano en mi mandíbula, mientras con el pulgar me acariciaba ligeramente el pómulos.

—Arriba es el mejor sitio para hablar, es donde hay más intimidad. Aquí abajo es imposible, la gente está demasiado pendiente de nosotros. Llamamos demasiado la atención. Podríamos ir a mi oficina, pero está Paul, mi socio, rondando, y últimamente está insoportable—. Mark notó mis dudas, y siguió hablando—. No te preocupes, Caroline. No tienes que hacer nada que no quieras. Nunca. Conmigo estás segura.

No sabía si estaba cometiendo un error, pero en ese momento le creí. Solo le conocía desde hacía una semana, pero me inspiraba confianza... aunque a saber qué parte era confianza y qué parte era el deseo que ya empezaba a sentir, que se abría paso a través de las dudas. Y eso que solo me había acariciado la cara.

Asentí con la cabeza, me volvió a coger de la mano y dejé que me llevara al piso de arriba.

Para hablar.

Que conste.

NO TODO ES HABLAR...

Caroline

Nos sentamos en el último grupo de sofás, contra la pared del fondo, que afortunadamente estaba libre.

La zona de sofás estaba dividida en espacios ligeramente separados, supuse que para dar cierta intimidad a la gente. La disposición de cada grupo de asientos era en forma de U, con dos sofás de dos plazas uno frente a otro, una butaca en un extremo y una mesa pequeña en el centro que fue donde apoyamos las bebidas. Nos sentamos en el sofá que estaba pegado a la pared.

Había gente ocupando el siguiente grupo de sofás, pero no me fijé porque no quería distraerme.

Había ido allí a hablar. Tenía algo que decir, y tenía que decirlo para quedarme tranquila.

Aunque tengo que reconocer que cuando Mark se sentó a mi lado, me cogió las piernas y las puso sobre las suyas, flaqueé un poco.

Céntrate, Caroline.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Mark nada más sentarnos, con una voz profunda como el terciopelo.

No sabía si había sido muy buena idea subir allí.

Me decidí a hablar, por fin.

—Ha sido una semana un poco rara... no recibí el email de confirmación con la cuota de socio, y pensé que igual te habías arrepentido...

—¿Arrepentido de qué? —preguntó Mark con extrañeza.

Tenía una mano en mis piernas desnudas. No la estaba moviendo, simplemente estaba apoyada en mi pierna, justo sobre la rodilla, ni siquiera estaba muy arriba, pero era como si me estuviese dejando una marca de fuego.

Tragué saliva.

—De pasar la noche conmigo...

Mark soltó una carcajada de repente, que sonó incongruente en el ambiente oscuro e íntimo.

—¿Arrepentirme? Caroline... ¿tú estabas aquí el sábado pasado, verdad? ¿De qué me iba a arrepentir?

Me encogí de hombros, aunque no estaba segura de que me hubiese visto en la penumbra.

—No lo sé, Mark. No tengo mucha experiencia... mi idea de las cosas podía ser diferente de la tuya. Por eso me entró la paranoia, porque no lo sé.

Me acarició la cara de nuevo, pasándome el pulgar por los labios.

—Fue una noche increíble. Y lo siento, es verdad, tenía que haberte enviado un email aunque fuese para explicarte cómo estaban las cosas, para avisarte de que ya te había enviado la tarjeta.

—Mark —tomé aire—. No me siento... bien del todo, no pagando la cuota... quiero decir, entrando gratis. Es raro.

—Caroline —dijo Mark, serio.

Le miré, yo también sería, aunque sinceramente, había tan poca luz que no sabía ni si podía verme la cara.

—No puedo cobrarte dinero... ¿no lo entiendes? —dijo—. No estoy cómodo cobrándote por tener sexo conmigo. Es absurdo.

Estaba pensando en qué pasaría cuando se aburriese de mí, cuando decidiese que la variedad que le ofrecía su propio club era demasiado tentadora como para limitarse a mí.

Entonces siguió hablando, y me despejó la duda. En parte.

—Ni tú ni yo sabemos lo que es esto, lo que tenemos, qué terminará siendo ni cuánto durará. Pero de momento yo estoy contento con la situación. Espero que tú también lo estés —asentí con la cabeza—. Pero si te cobro la cuota, Caroline... tendríamos que dejar de vernos. No puedo cobrarte por tener sexo contigo, ni tú deberías pagar por tenerlo conmigo. No está bien.

Respiré hondo. Vale, visto así tenía sentido.

—¿Entonces? —preguntó Mark.

—Me has convencido —dije por fin, soltando el aire.

—Menos mal —pude ver su sonrisa blanca en la semi oscuridad. Me cogió y me sentó en sus rodillas—. Entonces ya puedes saludarme como es debido...

Sonreí, mientras Mark me sujetaba el pelo, me ladeaba la cabeza y me besaba. No fue un beso suave, fue un beso erótico, las lenguas luchando, como si estuviésemos hambrientos de nosotros mismos.

Mark

—Ha sido una semana muy larga —dije, y le acaricié los pechos por encima de la blusa.

Y era cierto. Estaba a punto de explotar. La conversación había retrasado lo inevitable, pero no había servido para calmarme.

Podría haberla devorado allí mismo.

Ella notó el bulto de mi erección y restregó sus nalgas contra él, mientras gemía en mi boca.

Yo también gemí, no pude evitarlo. Estaba tan empalmado que empezaba a ser doloroso.

Iba a meter la mano por su escote cuando sonaron otros ruidos, gemidos que no procedían de nosotros, y Caroline se dio la vuelta para ver su origen.

Estaban frente a nosotros, aunque no podíamos verlos bien. Esa era la idea de la penumbra, que diese cierta intimidad.

Los ruidos provenían del grupo de sofás frente al nuestro, donde había gente en la que no nos habíamos fijado al entrar, pero cuyas actividades se veían ahora (más bien se adivinaban) por encima del respaldo del sofá.

Y la escena no podía ser más erótica.

Eran tres personas, dos hombres y una mujer, moviéndose al unísono. La mujer estaba en el centro, se besaba con el hombre frente a ella, y el otro hombre, a su espalda, le apartó el pelo para poder besarle el cuello. Solo se les veía de hombros para arriba, el resto estaba tapado por el respaldo del sofá, pero se les veía moverse rítmicamente, era imposible no adivinar lo que estaban haciendo...

Dijeron algo en voz baja que no llegó hasta nosotros, la mujer rió ligeramente, luego echó la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en el hombro del segundo hombre, y empezó a gemir más alto.

Caroline empezó a moverse en mi regazo, inquieta, sin dejar de mirar al trío que teníamos delante. La sujeté de las caderas, porque como siguiese así

no me iba a dar tiempo ni a desabrocharme el pantalón.

—¿Te gusta lo que ves?

Le di la vuelta y la senté encima de mí, de cara a la acción, mi pecho pegado a su espalda. Seguí susurrándole al oído mientras le metía una mano por debajo de la blusa, y otra por debajo de la falda.

—Mírales bien... —le dije al oído, mientras le retorcí ligeramente el pezón con dos dedos. Con la otra mano pude comprobar que ya estaba húmeda, prácticamente chorreando—. ¿Ves cómo se están moviendo? Sabes lo que están haciendo, verdad?—. Le besé un lado del cuello, la nuca, y la escuché tomar aire. Empecé a maniobrar bajo su falda y le deslicé el tanga de encaje negro por los muslos—. Se la están follando entre dos, los dos a la vez. Está llena del todo, dos pollas dentro de ella... una en el coño —le metí dos dedos en el suyo, sin avisar, y gimió mientras echaba la cabeza hacia atrás—, y otra en el culo—. Empecé a mover los dos dedos, a meterlos y sacarlos, suavemente—. Mírale la cara... no se puede disfrutar más... —le mordí ligeramente el lóbulo de la oreja.

—No puedo más, Mark, no puedo más... —dijo Caroline, con un hilo de voz.

—¿Qué quieres?

—Quiero correrme.

—Todo a su tiempo, Caroline, todo a su tiempo. Tenemos toda la noche por delante...

Me di cuenta que el trío frente a nosotros tenía las máscaras puestas, y aunque aún estábamos vestidos, quizás Caroline también quería mantener su anonimato.

Le inserté los dedos un poco más adentro en su coño húmedo, haciendo ligeros círculos, y gimió todavía más, moviendo las caderas para acompañar mis movimientos.

Tuve cuidado de no rozarle el clítoris ni subir demasiado el ritmo, seguí con movimientos suaves, para que no terminase demasiado rápido.

—¿Quieres la máscara? —le susurré al oído.

—¿Qué? —me preguntó con la voz estrangulada.

Sonreí en su cuello.

—¿Has traído la máscara?

—En mi bolso —dijo.

Alargué la mano sin mirar, hacia el bolso que descansaba en la esquina del sofá. Palpé la máscara de tela y encaje, y con una mano se la puse,

colocándole la goma detrás de las orejas.

—¿Está bien puesta? —le pregunté.

Caroline se dio la vuelta para mirarme, la boca entreabierta, y la visión de su rostro semi oculto por la máscara de encaje negro era tan erótica —solo se le veían los ojos, los labios pintados de rojo— que aumenté la velocidad de los dedos y la besé, mientras jadeaba en mi boca.

PAUL

Caroline

*A*lgo curioso había pasado cuando Mark me había colocado la máscara... me sentía de repente más segura, con más confianza en mí misma.

Más liberada.

De repente había dejado de preocuparme estar en público, que alguien me reconociera.

Me sentía capaz de cualquier cosa, y me concentré plenamente en mi placer.

Me ardía la piel, estaba sudando, jadeando, viendo el trío a unos metros de mí...

Mark seguía torturándome con sus dedos, la mujer del otro grupo de sofás estaba siendo penetrada por dos hombres a la vez, a menos de tres metros de mí, y si no tenía un orgasmo pronto iba a sufrir una combustión espontánea.

Fue entonces cuando vi una sombra por el pasillo, una persona que se acercaba y se paró a nuestra altura, apoyó una bebida en nuestra mesa, junto a las nuestras, y se sentó tranquilamente en el sofá que teníamos justo enfrente.

Me quedé paralizada, y noté cómo Mark también se quedaba quieto a mi espalda, pero no sacó los dedos de dentro de mí.

Menos mal que tenía la máscara puesta.

El hombre que acababa de llegar se dio la vuelta para ver la acción del otro grupo de sofás, que quedaba a su espalda.

—Excitante —dijo, simplemente, y se volvió a mirarnos.

Cogió su bebida para pegar un trago y noté cómo me recorría con la mirada por encima del borde del vaso.

Sabía lo que estaba viendo: mis labios entreabiertos, respirando con dificultad (al fin y al cabo, estaba al borde del orgasmo cuando había llegado), la mano de Mark debajo de mi falda, mi tanga de encaje negro medio bajado, justo encima de las rodillas...

—Más excitante todavía —dijo, y supe que se refería a nosotros.

—¿Qué quieres, Paul? —dijo Mark.

Ah. Paul. El misterioso socio del club.

—Que me presentes a tu amiga, si no es mucha molestia...

—Estamos algo ocupados. Si no te importa.

—No, no me importa; por mí seguid.

Tenía que haberme indignado, supuse, o al menos molestado; pero no sé si era porque llevaba la máscara puesta, porque estaba a segundo y medio de correrme o porque el trío de los sofás de enfrente seguían a lo suyo, justo en la espalda de Paul, pero no lo pude evitar y me dio la risa.

Empecé a reírme, pero teniendo en cuenta que todavía tenía los dedos de Mark dentro, la carcajada acabó con un gemido.

Paul volvió a mirar hacia la zona de mi falda, con ojos hambrientos. Se echó adelante en el asiento y me tendió la mano.

—Yo soy Paul, preciosa. El otro dueño del club y amigo de Mark.

Le estreché la mano. Qué iba a hacer. A pesar de lo ridículo de la situación, no podía hacer otra cosa.

Se quedó con mi mano en la suya y miró hacia Mark.

—¿Has hablado con ella?

Noté cómo Mark se ponía rígido detrás de mí.

—¿De qué?

Pregunté, a la vez que Mark decía:

—No hay nada de qué hablar.

—¿Te gusto, cariño? —me preguntó, sin soltarme la mano, lo que hacía que tuviese que estar ligeramente inclinado sobre la mesa de las bebidas.

Me fijé en él y forcé la vista para poder distinguir sus rasgos en la penumbra. No podía ser más diferente a Mark: donde Mark era súper alto y ancho de espaldas, Paul debía ser algo más bajo, aunque todavía bastante más alto que yo... también se le adivinaba en forma debajo de la ropa que llevaba puesta (más informal, unos vaqueros con una camisa oscura), pero no era tan ancho de espaldas. Tenía el pelo un poco largo detrás de las orejas, como si

necesitase un corte, de un color que no se apreciaba en la penumbra, pero no parecía oscuro.

O sea, sí. Estaba bien. Estaba muy bien, si no lo comparaba con Mark, que era un semi dios... probablemente si no tuviese a Mark detrás, podría haber dicho que era uno de los hombres más atractivos que me había encontrado nunca.

—Sí...

Dije, sin saber muy cómo reaccionar. Era la verdad, pero no le conocía de nada, tampoco, y no quería que sonase raro.

Paul me soltó la mano y se recostó en el sofá, satisfecho.

—Le pregunté a Mark si podía participar en vuestras... actividades. No, perdona, me he expresado mal: le dije a Mark que si podía preguntarte si estarías dispuesta a probar algo aventurado. —Levantó las palmas de la manos—. Ninguna cosa rara, te lo prometo.

Torcí el cuello para mirar a Mark, con las cejas levantadas.

—¿No te importa? ¿Te parece bien? —le pregunté con incredulidad.

A ver, no estaba escandalizada, ni nada. A buenas alturas. Estaba en club de sexo, con una máscara puesta, hablando con un tipo mientras Mark seguía con los dedos dentro de mí, y con un trío a menos de tres metros. Simplemente me sorprendía. Habría jurado que Mark era del tipo posesivo, sobre todo porque le gustaba el control... pero quién sabe.

Mark me miró a los ojos, luego la boca, y empezó a mover los dedos de nuevo. Abrí la boca para dejar escapar un gemido... se acercó y pensé que iba a besarme, pero me dijo, sus labios junto a los míos:

—Puedes ignorarle, si quieres... —estaba susurrando, supuse que para que Paul no pudiese escuchar—. O puede participar, también si quieres... lo que quieras, como quieras. Estoy aquí para cumplir tus deseos, Caroline...

Cerré un momento los ojos, invadida por el deseo.

Estaba súper excitada, me ardía la piel.

La realidad empezaba a desaparecer por los bordes cuando me di la vuelta para mirar a Paul.

—Algo aventurero... ¿cómo qué?

Paul sonrió de medio lado, le dio un trago a su bebida, la dejó sobre la mesa y se acercó para sentarse en el sofá a nuestro lado.

Había olvidado al trío que teníamos sentado en los sofás de enfrente. Cuando Paul se levantó, pude ver que ya estaban en las últimas, los movimientos eran convulsos, la mujer tenía la cabeza apoyada en el hombro

del tipo frente a ella, que la sujetaba por los hombros. El único miembro “activo” era el hombre detrás de ella, que parecía embestir cada vez más rápido hasta que emitió un sonido gutural. La mujer pareció revivir, echó la cabeza hacia atrás y gimió durante unos segundos, hasta que todos pararon. Entonces La mujer besó primero al hombre detrás de ella, luego al otro.

Mark siguió penetrándome con los dedos, un poco más rápido, volví a gemir y eché la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en su hombro.

—No tiene por qué ser nada arriesgado —dijo Paul, de quien ya prácticamente me había olvidado. Pasó el dorso de su mano por mi cuello—. Puedo acariciarte las tetas mientras Mark te folla. Puedes decir que no.

No dije nada, porque el roce de su mano en mi cuello no era en absoluto desagradable, sino todo lo contrario.

Entonces me desabrochó los botones de la blusa, uno, dos, hasta tres. Separó la tela para descubrir el sujetador de encaje negro que llevaba debajo. Metió una mano debajo de la copa, acariciándome el pecho... luego me pellizcó el pezón...

No parecía que a Mark tampoco le molestase, de hecho parecía excitarle. Escuché una cremallera entre la niebla que poblaba mi cerebro, noté cómo me subía la falda hasta la cintura y entonces, sin avisar, sin esperármelo, me penetró de repente, su polla dura y enorme metida hasta dentro en mi coño estrecho.

Grité, pero no de dolor, de placer. Estuve a punto de correrme de inmediato. Estaba chorreando, después de haber estado tentándome con los dedos durante todo aquel tiempo.

Mark me agarró de las caderas y me levantó y bajó, empalándome en su polla, subiendo y bajando despacio, con esfuerzo.

—Oh dios —dije entre dientes—. Me había olvidado de lo grande que era...

Escuché a Mark reírse detrás de mí, pero era verdad. Me mordí el labio para no seguir gritando. Le sentía llegar a todos los rincones, ensanchándome...

—Joder, es súper sexy —dijo Paul a mi lado.

Si tengo que ser sincera, casi me había olvidado de su existencia... y eso que me estaba masajeando los pechos mientras Mark me agarraba de las caderas.

Quiero decir, el par de manos extra se agradecía. Pero tenía problemas para recordar a quién pertenecían.

Paul llevó una de sus manos hacia mi muslo, y la dejó allí.

—O algo aventurado también puede ser —me dijo al oído— acariciarte el coño mientras Mark te folla...

Se quedó unos segundos parado, supongo que esperando mi negativa, que evidentemente no se produjo.

Entonces me puso dos dedos en el clítoris, masajeando en círculos, y fue cuando pasó.

—¡Mark! ¡Mark!

Empecé a correrme, a convulsionar alrededor de Mark, y él lo notó y aumentó la potencia de sus embestidas, subiéndome y bajándome sobre su polla con más fuerza, mientras Paul aumentaba la presión en mi clítoris.

Empezaba a recuperar la respiración cuando Mark me dijo al oído:

—¿Estás bien, cariño?

Había dejado de subir y bajar, estaba sentada encima de él, completamente empalada en su polla, que seguía igual de dura que al principio.

—Sí —dije, casi sin aliento.

Entonces empezó a moverse de nuevo.

—Caroline —dijo Paul en mi otro oído—, ¿puedo lamerte?

—¿Lamerme? —dije, medio ida, mientras Mark seguía embistiendo.

Paul me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Lamerme el coño.

Aguanté la respiración.

—Sí —dije, sin dudar ni un instante.

La verdad, en ese momento le habría dicho que sí a todo. Pero la idea de un hombre chupándome mientras otro me penetraba... me ponía un montón, si tenía que ser sincera.

PAUL ME ACERCÓ mi copa a los labios y me bebí casi la mitad del cóctel de un trago. Tenía la garganta seca. Después de beber un trago de la suya, volvió a dejar las bebidas sobre la mesa y la apartó hacia un lado, para poder ponerse de rodillas frente a mí.

Me abrió el resto de los botones de la blusa y separó la tela, dejando al descubierto mi sujetador de encaje negro. Alcanzó detrás de mi espalda para desabrocharme el sujetador y levantó las copas hacia arriba. Me acarició los pechos y tocó con la lengua primero un pezón, luego el otro, antes de bajar

hacia abajo, recorriendo el camino con sus labios.

Mark puso sus manos donde acababan de estar los labios de Paul, acariciándome los pechos desde atrás, mientras empezaba a moverse de nuevo, cada vez más deprisa, clavando los pies en el suelo y empujando hacia arriba para penetrarme más profundamente.

Paul me besó el interior de los muslos, primero uno y luego el otro, y después pasó la lengua por el centro de gravedad, y de repente todo fue demasiado.

Cerré los ojos con fuerza.

—Qué rica estás... me podría pasar la noche entera comiéndote... separa más las piernas... así Mark entra más... —dijo Paul, entre lamida y lamida—. Mmmm, me encantas...

—Paul —dijo Mark entre gruñidos, detrás de mí—. Menos hablar y más ir al grano. Quiero que se corra otra vez antes de acabar yo.

—Eso está hecho.

Y fue cuando Paul se aplicó: puso las manos en mis muslos, separando más mis piernas, lo que hizo que la polla de Mark entrase más todavía, si eso era posible; enterró la cabeza entre mis piernas y se puso a lamer, succionar...

No tenía ni palabras ni pensamientos para describir lo que estaba sintiendo en ese momento, el calor, la agonía, dos hombres dedicados solo a mi placer, y fue cuando estallé.

—¡Me corro, me voy a correr! —levanté los brazos y los pasé detrás del cuello de Mark — ¡Ah! ¡Fóllame, fóllame más fuerte!

Y eso hizo: Mark se puso a botar en el asiento, penetrándome profundamente en cada subida. Le sentía dentro, grande, llenándome... Me agarró de las caderas para poder hacer más fuerza, mientras Paul movía su lengua sin parar, a toda velocidad, y el orgasmo me estalló en la piel, me puse a gritar como una loca mientras echaba la cabeza hacia atrás.

—Por favor, por favor, no puedo más —le dije a Paul, que seguía lamiendo, mordisqueando, imperturbable. El placer era insoportable, cercano al dolor. Levantó la cara de entre mis muslos, sonriendo. Entonces Mark gruñó detrás de mí y se quedó clavado, mientras se corría.

ALGO AVENTURERO

Caroline

*A*l cabo de unos segundos, cuando nos calmamos un poco, Mark me levantó y me dio la vuelta, sentándose encima de él hasta que quedamos de frente.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, mientras sonreía.

Estaba *más que bien*.

—Caroline... —dijo Paul, desde detrás de mí.

—¿Sí? —contesté, distraída, apoyada en el hombro de Mark mientras me recuperaba. Mark tenía las manos enlazadas detrás de mi espalda, medio abrazándome.

De repente noté una tercera mano en mi cadera.

—Tengo la polla como un hierro al rojo vivo... me ha puesto muchísimo ver cómo te follaba Mark, cómo te corrías—. Paul me acarició las nalgas, esta vez con las dos manos—. ¿Tienes ganas de más? Estás super buena, daría cualquier cosa por follarte...

—Paul —Mark se había puesto serio de repente.

—Solo es una sugerencia —dijo Paul a mi espalda, con humor, sin dejar de acariciarme.

Me mordí el labio y levanté la cabeza del hombro de Mark para mirarle a la cara.

—No pienses en lo que yo quiera, piensa en lo que tú quieras —me dijo, leyéndome la mente.

—Pero no quiero hacer nada que tú no quieras que haga.

—Caroline —Mark me miró, serio—. No soy tu dueño. Tus deseos son lo primero.

Me pasé la lengua por los labios.

—Vamos a decirlo así: no quiero hacer nada con lo que estés incómodo. No sé qué es lo que tenemos, pero quiero que dure. Yo tengo mis deseos, pero también quiero tener en cuenta los tuyos.

Mark pareció relajarse y me sonrió. Luego me besó en los labios, suavemente.

—Haz lo que te apetezca, Caroline. De verdad. Con lo que estés cómoda. Tengo un club de sexo; he hecho prácticamente cualquier cosa de la que se pueda obtener placer. No me voy a escandalizar, a estas alturas...

Tragué saliva. Nunca había tenido sexo con un hombre, y luego con otro seguido. Con días de diferencia, sí. Con meses también, para qué mentir. Con minutos, no.

Y a pesar de haber tenido un orgasmo monumental hacía menos de cinco minutos, estaba super excitada otra vez, ante la perspectiva de que otro hombre, un hombre atractivo y desconocido me follase mientras Mark miraba.

Miré tímidamente hacia atrás, hacia Paul.

—Está bien —dije.

—Gracias, dios —dijo riendo y mirando al cielo.

—No seas payaso, Paul —dijo Mark con humor.

Paul empezó a masajearme las nalgas, las caderas, y la piel empezó a hormiguearme.

Clavé los ojos en Mark.

—No te muevas, cariño —me dijo Paul desde atrás—. En esa postura estás perfecta.

Seguía sentada a horcajadas sobre Mark, que se había vuelto a abrochar los pantalones. Yo, sin embargo, seguía con la falda subida hasta la cintura y sin mi tanga.

Noté cómo Paul se colocaba detrás de mí, me levantaba por las caderas, y le noté posicionarse, primero la punta, y de repente empezó a entrar dentro de mí, duro y caliente, efectivamente como un hierro ardiendo.

—Ah... —suspiré, mientras echaba la cabeza hacia atrás y la apoyaba en su hombro.

Estaba super sensible de la follada de Mark, y la polla de Paul, aunque no

tan grande y ancha, seguía estando por encima de la media.

—Así... aaaah, qué bien, joder, hasta dentro... —Paul empezó a moverse, a metérmela y sacármela, despacio, muy despacio...

—Mírame, Caroline —me dijo Mark.

Abrí los ojos y le vi mirándome con los suyos nublados por el deseo.

Me atrajo hacia él y me besó, metiendo la lengua en mi boca, mientras Paul seguía penetrándome, invadiéndome desde atrás.

Empecé a gemir dentro de su boca.

Las embestidas de Paul se hicieron más fuertes, más profundas... le notaba dentro de mí, llegar a todos los rincones, llenarme...

Terminó el beso y Mark empezó a masajearme los pechos, pellizcándome los pezones.

—¿Te gusta? —dijo, observando sus propias manos sobre mis pechos, cómo botaban con las embestidas de Paul.

No sabía si se refería a sus caricias o a Paul, pero la respuesta era sí de todas formas, así que asentí con la cabeza.

—¿Te habían follado alguna vez dos hombres seguidos?

Negué con la cabeza mientras cerraba los ojos, incapaz de soportar el placer combinado de las embestidas de Paul detrás de mí y las caricias de Mark.

—Caroline, abre los ojos —me ordenó Mark.

Así lo hice.

—No querrás perderte nada de esto —me dijo, mientras levantaba las comisuras de los labios en una pequeña sonrisa.

Paul me cogió de las caderas y empezó a penetrarme más deprisa, más profundamente...

Empecé a jadear.

—Ah, qué bien, qué buena estás, joder, qué ganas tengo de correrme y llenarte con mi leche...

Mark sonrió un poco de medio lado.

—Tienes que perdonar a Paul. Es un poco... *vocal* cuando está excitado.

No hacía falta que lo jurase. Ya me había dado cuenta antes; no callaba. Tampoco era que me molestase, le aportaba interés al asunto.

—Me gusta hablar —dijo Paul detrás de mí. Apoyó las manos en mis hombros y me penetró unas cuantas veces, rápidamente. Luego me pasó su dedo corazón por los labios, haciendo presión. Abrí la boca para chupárselo. Entonces lo sacó, y unos segundos después noté el dedo en la entrada de mi

ano—. Me gustan otras cosas, también.

Empezó a insertar el dedo, poco a poco, mientras lo movía en círculos, para agrandar la entrada, mientras me seguía embistiendo por detrás con su dura polla. Empecé a mordirme el labio. Mientras, Mark se inclinó sobre mis pechos, lamiendo, mordisqueándome los pezones...

Me sentía llena, aunque lo único que tuviese en el culo fuese el dedo de Paul, pero a la vez me estaba penetrando, me la estaba metiendo bien adentro, y empecé a jadear y supe que estaba cerca. Otra vez.

—¿Te gusta esto? —jadeó Paul en mi oído—. ¿Te gusta, te gusta que te meta el dedo en el culo mientras te follo?

—¡Sí!

—¿Quieres más? —me penetró más fuerte, con más fuerza, empujándome contra Mark—. ¿Quieres mi polla en tu culo? —Me mordió el lóbulo de la oreja—. No sabes qué bien lo hago, Caroline, no sabes qué bien follo por el culo... —seguía metiéndome y sacándome el dedo, seguía metiéndome y sacándome la polla, y ya no pude aguantar más. Me di por vencida.

—¡Sí, sí, sí!

—¿Quieres mi polla en tu culo? —me embistió de nuevo, y después se retiró suavemente.

—¡Sí!

—¿Seguro? —me volvió a penetrar de golpe.

—¡Joder, sí! ¡Sí!

Le oí reírse ligeramente detrás de mí, un sonido entre risa y gemido.

—Córrete primero.

Empezó a follarme más fuerte, mientras me metía el dedo, mientras Mark me chupaba los pezones, entonces bajó la mano hacia mi clítoris y me lo frotó con dos dedos y me corrí como una loca, gritando, diciendo incoherencias, con Paul follándome desde atrás con embestidas fuertes y brutales.

Él también se corrió un momento después, en mi coño, jadeando, diciéndome al oído las guarradas más grandes que había oído en mi vida, todo lo que quería hacer conmigo, todo lo que se la pasó por la cabeza.

PASAMOS UNOS MINUTOS RECUPERÁNDONOS, respirando con dificultad, él con la frente apoyada en mi espalda, yo con la mía en el hombro de Mark.

Mark me besó, y Paul me dio una palmada en las nalgas.

—Vamos a una habitación—dijo—, la noche no ha hecho más que empezar.

EN LA HABITACIÓN

Caroline

La oscuridad, y el estar a punto de tener un orgasmo, tienen sus consecuencias, y es que se suelen decir muchas cosas sin pensar, en el calor del momento.

A ver: reconozco que estaba teniendo el mejor sexo que había tenido en mi vida (por segunda semana seguida), y lo de los sofás había sido súper excitante. Pero cuando nos vestimos (cuando me coloqué la ropa, mejor dicho, solo tuve que bajarme la falda y abrocharme la blusa, ayudada por Mark) y nos dirigimos a una habitación, empecé a pensármelo.

Me empezó a dar el aire en la cabeza y empecé a tener dudas.

Era algo que siempre había querido probar, no voy a decir que no. Era una de mis fantasías recurrentes, uno de los placeres ocultos que nunca me había atrevido a probar en la vida real... sobre todo porque teniendo en cuenta los maravillosos amantes que había tenido hasta entonces (sarcasmo), con los que conseguir un solo orgasmo despistado ya era una lotería, como para fiarme de que hiciesen otras cosas bien.

Sobre todo otras cosas que *requerían* hacerse bien. Que era *más importante* que se hicieran bien.

Un par de novios me habían presionado para hacerlo, pero sinceramente, solo con eso ya me había echado para atrás. No me gustaba hacer las cosas bajo presión.

El ruido de la puerta de la habitación al cerrarse me sacó de mis pensamientos.

—Caroline —Mark se acercó a mí, me besó suavemente, mientras me cogía de la cintura—. No tienes que hacer absolutamente nada que no quieras, ya lo sabes.

Paul se había quedado un poco apartado, con las manos en los bolsillos, sonriendo, como esperando mi decisión.

Yo también sonreí, y me quité la máscara. Allí dentro no me iba a hacer falta. Y en cuanto a probar cosas nuevas, cumplir mis fantasías... no iba a encontrar un entorno más seguro que ese nunca, probablemente.

—Quiero hacerlo —dije, antes de devolverle el beso a Mark, con lengua.

—Gracias a dios —dijo Paul desde detrás de mí. No le había visto moverse, pero de repente estaba pegado a mí, frotándose contra mí, y estaba de nuevo duro.

ESTÁBAMOS DESNUDOS ENCIMA de la cama. Yo estaba de rodillas, frente a Mark, también de rodillas.

Paul estaba detrás de mí, también desnudo.

También de rodillas.

Me estaba besando con Mark, la manos en sus bíceps, cuando noté algo frío.

El lubricante.

Paul empezó a meterme un dedo lubricado, poco a poco. Lo movió en círculos mientras entraba, como había hecho antes.

Dejé de besar a Mark para echar la cabeza hacia atrás.

Mark me besó entonces el cuello, la nuca, el lóbulo de la oreja.

Al de un minuto sentí a Paul maniobrando de nuevo, y noté que un segundo dedo se había unido al primero...

De momento todo iba bien, lo único que sentía era placer, pero era super estrecho...

Me tensé un poco, pensando que eso era lo máximo que iba a poder aguantar.

—No te preocupes, Caroline, Paul es todo un experto. No te ha mentado antes, es el mejor en esto. Primero va a ensancharte un poco con los dedos para que te acostumbres... si quieres parar no tienes más que decirlo, ¿de acuerdo?

Asentí por la cabeza, pero quitando la incomodidad inicial, enseguida me había acostumbrado a la invasión, y ya lo único que sentía era placer.

No podía cerrar la boca, no podía abrir los ojos... tenía las sensaciones a flor de piel.

Entonces noté un poco más de presión. Tenía ya tres dedos dentro de mí.

—Oh dios —gemí, mientras Paul metía y sacaba los dedos lubricados suavemente.

—Creo que está preparada ya —dijo Paul detrás de mí, con la voz estrangulada. Me cogió de la cadera suavemente con una mano mientras me seguía metiendo y sacando los dedos, despacio—. ¿Estás bien, Caroline?

—Sí —dije con un hilo de voz.

Mark me estaba lamiendo los pechos desde hacía un rato, mordisqueándome ligeramente los pezones.

Bien, no. Estaba en el paraíso.

Noté cómo Paul retiró los dedos y se me escapó un gemido de protesta, pero enseguida noté una presión aún mayor.

Oh dios oh dios oh dios, no podía creerme que realmente estuviese haciendo esto...

Mark dejó de prestar atención a mis pechos para mirar por encima de mi hombro.

—Está entrando... relájate, cariño. Eso es —me acarició ligeramente un pezón, me pellizcó el otro—. Eso es, así... ¿le sientes dentro?

Solo pude asentir.

Sí, le sentía dentro, entrando, abriéndose paso poco a poco, mi culo ardiendo.

—¿Estás segura de que quieres esto? —volvió a preguntar Mark.

Pregunta retórica donde las hubiese. Por supuesto que quería, ni se imaginaba cuánto.

En ese momento, lo que más quería en el mundo.

—Sí, por favor. No paréis.

Paul entró un poco más, despacio, muy despacio. Noté cómo mi cuerpo se abría para darle paso.

—Joder, tiene el culo súper estrecho... apenas me cabe... —dijo Paul, con la voz estrangulada, mientras me sujetaba de las caderas.

—Levanta un poco más el culo —dijo Mark, ayudándome con las manos en mis caderas. Dirigiéndome para que otro hombre me follase por el culo.

Podría orgasmar en aquel mismo instante solo con la idea, con la imagen en mi mente.

Seguía teniendo miedo de que aquello no fuese más que uno de mis

sueños, una de mis fantasías, y en cualquier momento despertase.

—Eso es, eso es, ya casi está. Ya está casi dentro... —dijo Paul, detrás de mí—. Ah, joder. Me encanta tu culo.

Mark me mordió el lóbulo de la oreja y miró por encima de mi hombro. Me separó las nalgas con sus manos enormes.

—Más —dijo—. Hasta dentro, métesela hasta las bolas.

Paul siguió sus instrucciones y me arrancó un gemido largo e intenso. Estaba dentro. Dentro del todo.

Había muerto y estaba en el cielo.

Mark siguió acariciándome el pecho, el estómago, el interior de los muslos; besándome, para distraerme del momentáneo dolor, mientras me acostumbraba a la polla dentro de mi culo.

Estaba decidido a hacer que la experiencia fuera buena para mí, olvidándose de sí mismo.

Él me había follado primero y se había corrido, pero de eso hacía ya un rato: ahora estaba otra vez erecto, duro y caliente, pero solo estaba preocupándose por mí.

Me besó de nuevo, cogiéndome la cara, y luego dijo sobre mis labios:

—¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí —respondí con un hilo de voz.

—¿Crees que puede moverse?

Supuse que se refería a Paul, que se había quedado parado dentro de mí, mientras me acostumbraba a la presión.

—Sí. Por favor —respondí.

Entonces fue cuando me pusieron a cuatro patas.

—Ah joder, Carol, cómo me gusta tu culo... —Paul me dio un azote, una palmada bien fuerte en las nalgas—. ¿Te gusta esto?

—¡Sí! —grité.

Entonces empezó a azotarme mientras me penetraba, mientras me follaba el culo, primero una nalga, luego la otra, me picaba pero no dolía, aumentaba el placer, si eso era posible...

El placer era tal que iba a desmayarme, y no me lo podía permitir, porque no quería perderme ni un minuto de aquella experiencia.

Mark

—Eso es, eso es, fóllala... Muy bien.

No podía tener una vista mejor.

Caroline a cuatro patas, en la cama, delante de mí, y Paul follándola por el culo, por fin, gloriosamente.

Miré su polla desaparecer una y otra vez dentro del culo de Caroline, profundo, hasta las bolas, follándole el culo. El culo rojo, porque seguía azotándola, y el ruido de las palmadas se mezclaba con los gemidos de ella.

Iba a explotar solo con mirarlos.

—Joder, es súper estrecho, me está agarrando bien —dijo Paul, echando la cabeza hacia atrás mientras movía las caderas en círculos.

Miré a Caroline, que tenía la cara roja, los ojos cerrados, la boca entreabierta.

—¿Estás bien, cariño? —le volví a preguntar, acariciándole la cara, el cuello.

—Más fuerte.

—Ah, joder, sí —dijo Paul, y aumentó el ritmo de las embestidas, mientras seguía alternando con los azotes en las nalgas.

Ella emitió un sonido gutural y empujó hacia atrás para ayudar la penetración.

—Me encanta tu culo, estrecho, respingón y mullido... follable... está hecho para ser penetrado... está hecho para mí... oh dios, estoy en el cielo...

Paul se había vuelto especialmente hablador, y eso quería decir que estaba cerca.

—¿Sientes mi polla en tu culo? ¿La sientes? —siguió diciendo—. Para un poco y siéntela, eso es, bien adentro... llenándote el culo... —Caroline empezó a empujar hacia atrás—. Muévete, eso es, métetela tú, bien adentro... otra vez, eso es, así, poco a poco, ahora más rápido... Muy bien... ¿Te gusta, verdad? ¿Te gusta? —Caroline asintió con la cabeza, con tanto énfasis que movió su melena con ella—. Ahora te voy a follar yo, agárrate bien, te voy a dar bien por el culo, eso es, eso es, grita si quieres, ¿me sientes? ¿Me sientes dentro? Duro, ah, me voy a correr... te gusta que te follen el culo, ¿eh?

—Quiero... quiero... —dijo ella, casi incongruentemente.

—¿Qué quieres, Caroline? —pregunté, intentando ayudar en lo que pudiese y no explotar, porque la escena delante de mí era lo más caliente que había visto en mucho tiempo.

Entonces fue cuando lo hizo.

Cogió mi polla, que estaba justo delante de ella, y se la metió en la boca.

De golpe.

Gemí y agarré las sábanas.

—Me voy a correr, tío, es demasiado —dijo Paul, con los ojos cerrados —Me voy a correr en su culo caliente.

—Tócale el clítoris —dije, con mis últimas neuronas, mientras Caroline succionaba, para asegurarme de que ella también se corría.

Empecé a jadear, excitado como nunca lo había estado. Estaba viendo cómo Paul se la metía, dentro, en el culo, profundo, una y otra vez, su polla desapareciendo dentro del culo rojo, azotándola una y otra vez, Caroline bajando y subiendo la cabeza mientras me chupaba la polla, gimiendo alrededor de ella, las vibraciones de su boca recorriendo todo mi cuerpo, y estuve a punto de perder el control.

—Eso es, eso es, dale bien por el culo —cerré los ojos un instante, para no correrme demasiado rápido, pero los volví a abrir enseguida, porque no quería perderme ni un segundo— métesela bien adentro, que no pueda sentarse. Que note tu polla cada vez que se siente, cada vez que ande.

Quería ser yo quien lo estuviese haciendo, pero sabía que era demasiado grande. Aún así no perdía la esperanza de ser algún día yo quien estuviese detrás de ella, follándole el culo... lo veía moverse como si fuese gelatina... Quería verle correrse dentro de su culo, *quería...*

Se me empezó a desenfocar la vista...

Caroline

Estaba ida. Totalmente ida, fuera de mí.

Paul estaba detrás de mí, follándome el culo, duro, magnífico, un sueño hecho realidad. Otra de mis fantasías hechas realidad, gracias a Mark.

Estaba ardiendo, más allá de toda razón, sentía como si todos los nervios estuviesen en la superficie de mi piel, no sabía lo que quería pero lo quería, y al ver lo excitado que estaba Mark, simplemente de mirarme, su polla dura, enorme, húmeda en la punta, sentí la necesidad imperiosa de metérmela en la boca, de chupársela, de devolverle el placer que me estaban proporcionando.

Las embestidas de Paul se hicieron más potentes. Sentía como si me fuese a romper en dos. Mark me sujetó el pelo y me lo quitó de la cara. Dijeron algo, pero no oí nada. Lo único que sé es que sentí unos dedos en mi clítoris y de repente todo estalló delante de mí, detrás de mí, por todas partes.

—Ah, joder, cariño... —Mark me sujetó la cabeza y se echó hacia atrás, en éxtasis.

Me corrí como una loca, gimiendo alrededor de la polla de Mark, que también se corrió entonces, dentro de mí, y fue cuando Paul empezó a gritar, me la clavó una vez más hasta dentro y se corrió dentro de mi culo.

Increíble.

* * *

MARK ME ESTABA ENJABONANDO el pelo. Estábamos en la ducha del baño adjunto a la habitación. Paul se había esfumado antes de que me diese tiempo a recuperarme; cuando me quise dar cuenta, estaba dentro de la ducha con Mark.

Estaba increíblemente relajada y laxa, como si tuviese las piernas y los brazos de goma. Me iban a salir agujetas con tanta actividad. Como siguiese así, no me iba hacer falta ir al gimnasio.

Mark me estaba enjabonando el pelo simplemente porque no podía ni levantar los brazos.

Cogió la alcachofa de la ducha para aclarármelo.

—Tu pelo se está derritiendo.

Sonreí con los ojos cerrados.

—Es el tinte. Cada vez que entro en la ducha, pierdo la mitad del rojo.

Nos aclaramos y salimos de la ducha. Mark me envolvió con una toalla gigante, como si fuese un rollito de primavera. Él se puso una pequeña en la cintura.

Luego me dio un beso en la coronilla, en el pelo mojado.

—¿Qué somos, Mark? ¿Qué hay entre nosotros?

Oh, no. Tenía las defensas bajas y había hablado sin pensar. Quizás no era el momento ideal para hacer esa pregunta. Me había salido sola.

Sin embargo, Mark estaba sonriendo cuando me miró. No parecía que fuese a salir corriendo.

—Estoy aquí para cumplir todos tus deseos. Sean cuáles sean —dijo.

Sonreí un poco.

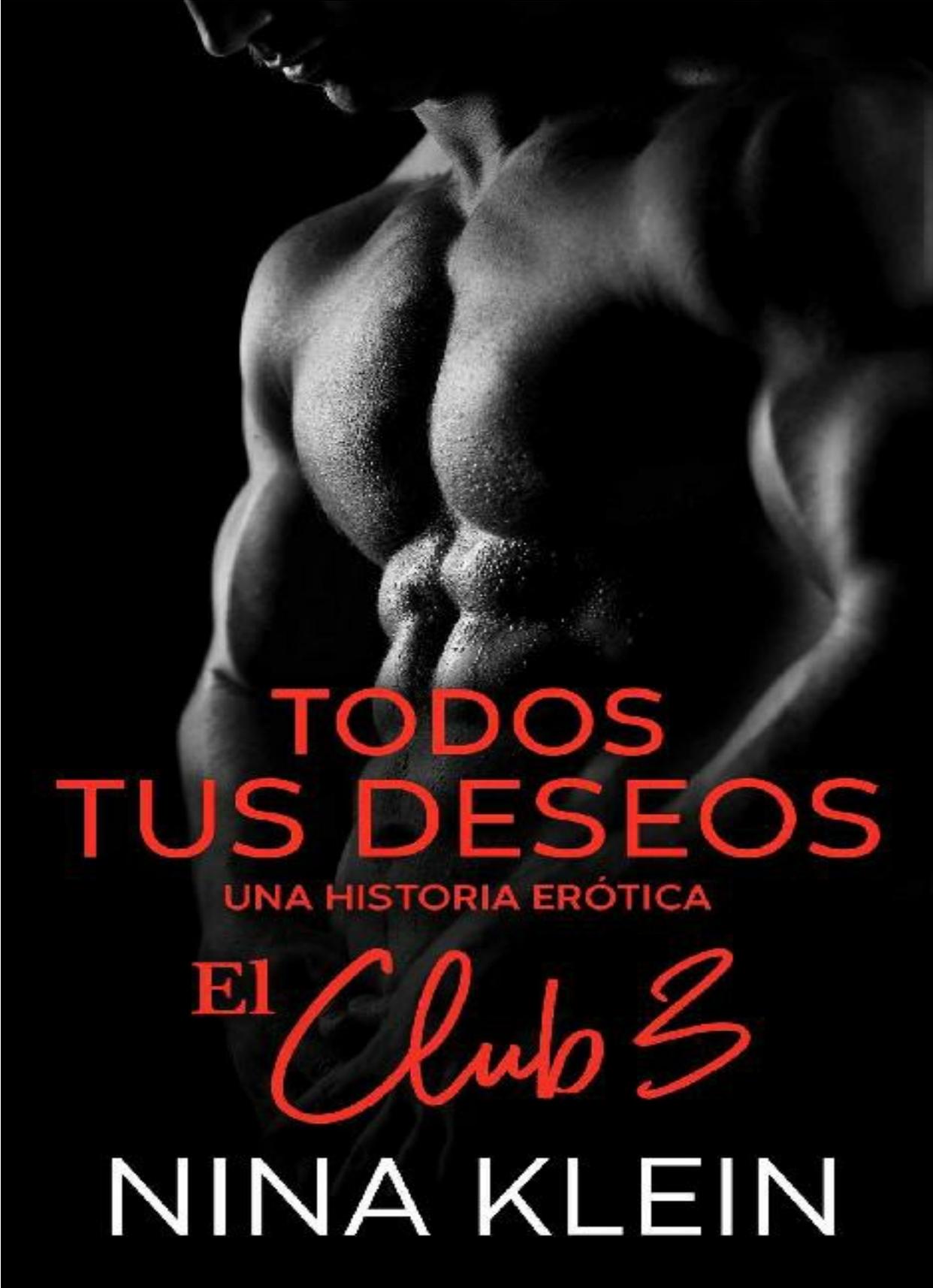
—¿Todos mis deseos? ¿Estás seguro?

—Cien por cien.

—Entonces quiero... una pizza. Enorme. Familiar. La más grande que haya.

Mark rió y me atrajo hacia él.

—Entonces estás de suerte. Conozco el sitio perfecto...



TODOS
TUS DESEOS

UNA HISTORIA ERÓTICA

El *Club 3*

NINA KLEIN

SUBIDA EN UNA NUBE

Caroline

—Esto es un desastre, Mark... Mira, he añadido dos pestañas nuevas a la hoja de cálculo, y así no tienes que llevar un cuaderno aparte. Y hace lo mismo que las dos listas de proveedores que tenías obsoletas...

Estábamos en el despacho de Mark. Él estaba un poco retirado, con un whisky en la mano... en realidad justo en ese momento me di cuenta de que estaba en la otra esquina del despacho, lo más alejado que podía de la pantalla del ordenador.

No sé cómo pretendía que le enseñase cómo funcionaba nada, desde allí.

—No muerde —le dije, señalando con la cabeza a la pantalla.

Bebió un sorbo de whisky.

—Eso lo dirás tú.

Reí, de buen humor. Al final Mark apoyó el vaso de whisky en un aparador y se acercó, resignado.

HABÍA SIDO UNA SEMANA INCREÍBLE, maravillosa, fantástica. Nada de las horribles dudas e inseguridades de la última vez.

Todo iba como la seda.

El sábado anterior, después del maratón de sexo, habíamos ido a cenar pizza a un garito que Mark conocía. Si tengo que ser sincera, Mark no pegaba allí para nada, su estilo era más de uno de esos sitios de cinco tenedores

donde el camarero te pone la servilleta en el regazo y hay carta de aguas.

Pero le había dicho que tenía ganas de pizza, y pizza cenamos. Se estaba tomando en serio su misión de cumplir todos mis deseos.

También tengo que decir que en aquel garito servían la mejor pizza de toda la ciudad. Al menos la mejor que yo había probado.

Después fuimos al piso de Mark... a ver. Cómo explicarme. He dicho “piso”, pero no se le podía llamar simplemente “piso”. No le hacía justicia. Piso era el mío, alquilado, sesenta metros cuadrados, con unos muebles de cocina que no habían visto la llegada del hombre a la luna por poco... lo de Mark no era “un piso”.

Lo de Mark era un pedazo de apartamento: un *loft*, un ático, para más señas, que no era tampoco enorme (no creo que tuviese más de ochenta metros cuadrados) pero estaba en un edificio moderno del centro de la ciudad, y tenía una terraza del mismo tamaño que el apartamento. Una terraza maravillosa con lucecitas y sofás tipo *lounge* donde tomar algo las noches calurosas de verano, como aquella.

Aunque la verdad es que no usamos la terraza para nada; no nos dio tiempo.

El sábado ya era tardísimo cuando llegamos a su casa, y entre las actividades del club y la pizza yo estaba para el arrastre. El domingo lo habíamos pasado entero en la cama, pidiendo comida a domicilio y comiendo desnudos.

No es que comer desnudos hubiese resultado ser muy buena idea, pero así ahorrábamos tiempo.

El domingo por la noche Mark me había acompañado a casa porque insistí en que tenía que descansar, dormir en mi propia cama, y además entraba a trabajar a las ocho de la mañana. Necesitaba mi casa, con mi ropa, mis cosas y mi todo.

Así que me despedí de Mark en el portal (si subía a mi piso estábamos perdidos, y he dicho ya que *tenía que* descansar) y cuando llegué a casa me tiré boca abajo en la cama.

Dormí de un tirón, casi diez horas, toda la noche.

EL LUNES TENÍA agujetas hasta en las pestañas.

Tuve que contarle a Chloe todo con pelos y señales, pero la versión editada, claro está. Mencioné a Paul. No podía no mencionar a Paul. Pero no

entré en detalles.

No solo porque no era el sitio, la máquina de café, con todo tipo de gente pasando por allí y poniendo la oreja (y además solo teníamos diez minutos de descanso) sino porque nunca he sido de contar mis proezas sexuales con demasiados detalles, la verdad.

Aunque hasta entonces tampoco es que tuviese ninguna que contar.

En fin.

El resto de la semana lo había pasado subida en una nube, aunque no había vuelto a ver a Mark. Nos tuvimos que conformar con mandarnos mensajes y con hablar a mitad de semana, el miércoles por la noche, cuando Mark me llamó y me sentí como si tuviese quince años y me acabase de llamar el capitán del equipo de fútbol del instituto.

No nos habíamos visto más no porque Mark no hubiese insistido, sino porque me era imposible, con mi horario y mi vida. Tenía un horario demencial en el trabajo (de 8 de la mañana a 6 de la tarde, con dos horas para almorzar, y además tardaba una hora en llegar a la oficina), y llegaba a casa exhausta, con el cerebro apagado, con el tiempo justo para calentarme una cena precongelada en el microondas, anestesiarme enfrente de cualquier cosa que estuviesen dando en la tele, quedarme dormida enseguida, levantarme insanamente pronto, a las 6 de la mañana, y vuelta a empezar.

Y a eso tenía que añadirle el gimnasio, tres veces a la semana. Menos mal que aprovechaba para ir a la hora de comer...

Mi trabajo era un horror, siempre lo había sido, pero nunca lo había odiado tanto como entonces.

Tampoco me había dado cuenta de hasta qué punto me dejaba sin fuerzas ni ganas de vivir.

Claro que hasta entonces no había intentado tener una vida *además* del trabajo.

ASÍ QUE CUANDO POR fin llegó el sábado estaba deseando ver a Mark. No sabía si me había vuelto adicta a él, o simplemente quería que borrara mi horrible semana en el trabajo... o las dos cosas.

Me sentía como si fuera una quinceañera; tuve que sujetarme a mí misma para no presentarme allí después de comer.

También tengo que decir que Mark me había inundado a mensajes preguntándome cuándo iba a ir y diciéndome que me echaba de menos.

Mmmm.

Cuando por fin le di una hora, me dijo que iba a mandarme un coche. Con chófer.

Y EFECTIVAMENTE, cuando salí de mi portal un coche con chófer me estaba esperando al pie de mi edificio.

El chófer era un hombre de unos cincuenta y pico años, con traje, que me sonrió, me llamó Miss Faraway y me abrió la puerta.

Y también me ahorró la vergüenza de pedir un Uber o un taxi y darle la dirección del club.

Lo que había hecho los sábados anteriores era dar una dirección cercana y luego hacer el resto del camino andando.

Lo cual, con los tacones que llevaba, divertido no era.

Le puse un mensaje a Mark, diciéndole que estaba de camino.

Me recosté en la parte de atrás del coche, con asientos de cuero y cristales tintados, sonriendo, con la piel hormigueando de expectación.

CON LOS OJOS CERRADOS

Caroline

El coche no me dejó en la puerta principal. El chófer dio la vuelta al edificio y paró en la parte trasera, donde había un pequeño aparcamiento privado con varios coches aparcados (era de donde habíamos cogido el coche de Mark el sábado pasado para ir a por una pizza).

Mark me estaba esperando en la puerta trasera, las manos en los bolsillos, con otra de sus deliciosas camisas oscuras, y casi se me salió el corazón por la boca.

El caso es que estaba segura de que al vernos, después de tantos días, no iba a darnos tiempo ni de decir hola antes de tirarnos uno encima del otro, pero cuando Mark se acercó para abrirme la puerta del coche me di cuenta de que parecía apurado. Tenía el pelo un poco despeinado y un par de botones de la camisa desabrochados de más.

Me dio un beso distraído.

—Perdona, Caroline —fue lo primero que dijo—. Llevo toda la tarde metido en el despacho, peleándome con una hoja de cálculo que se niega a funcionar... estoy a punto de tirar el ordenador por la ventana.

Se pasó la mano por el pelo, y entonces entendí por qué lo tenía tan desordenado.

Sonreí.

—En eso puedo ayudarte —le dije—. Otra cosa no, pero en hojas de cálculo soy una experta.

No hacía otra cosa: de lunes a viernes, de ocho de la mañana a seis de la

tarde, con dos horas para comer.

ASÍ QUE ALLÍ ESTÁBAMOS, en el despacho de Mark: yo sentada delante de la pantalla del ordenador, él mirando por encima de mi hombro, con desconfianza, y toda la superficie de su escritorio llena de papeles, cuadernos y facturas.

Le había solucionado la papeleta temporalmente, pero era un desastre.

Necesitaba un sistema de organización, necesitaba personal administrativo... Necesitaba contratar a alguien, o a dos alguienos, para que le llevase todo aquello... Necesitaba, en definitiva, un milagro.

LA PUERTA se abrió de repente y entró Paul, con la cabeza baja, mirando el móvil.

—¿Todavía estás con eso? Te dije que lo mejor era...

Entonces levantó la vista, se paró en seco al verme y se le dibujó una amplia sonrisa.

Una *muy amplia* sonrisa.

—¡Carol! No sabía que estabas aquí.

Me ruboricé hasta la raíz del pelo. No me veía a mí misma, pero no hacía falta. Me ardía la cara.

Tenía que dejar de ponerme roja, no tenía edad ya de andar ruborizándome constantemente, pero tampoco era algo que pudiese controlar, así que tuve que aguantarme.

—Hola —dije, para el cuello de mi top.

Eso era lo que llevaba puesto: un top negro, ajustado en el torso y más ancho en las mangas, y una falda verde oscura, parecida a la de la última vez. Era la tercera semana de julio y hacía un calor horroroso, pero es que además había aprendido que las faldas eran lo más útil para dejar fácil acceso...

Para dejar fácil acceso, punto.

Me ruboricé más todavía.

¡Qué rabia!

—¿Qué favores sexuales has tenido que prometerle para que acabe sentada delante del ordenador? —le preguntó Paul a Mark.

—Paul, cállate, anda. Estás avergonzando a Caroline...

—No, en absoluto —musité, con la cara ardiendo, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador, pulsando teclas aleatoriamente...

—No he tenido que prometerle nada... —contestó Mark—. Al contrario que tú y que yo, ella sabe lo que está haciendo.

Paul abrió la boca para hablar, seguramente para decir algo con doble sentido, cuando Mark le cortó:

—No. Lo que vayas a decir, no lo digas. No necesitamos oír constantemente lo que está dentro de tu cabeza...

—Tú te lo pierdes.

—Es súper fácil, mira —le dije a Mark. No quería interrumpirles, pero tenía que explicarle a Mark cómo hacerlo para que no volviese a cometer el mismo error—: Solo tienes que meter los datos aquí y darle a...

Mark me cortó.

—Verás... cómo decirte esto. Sin ofender. Me lo has explicado una vez, me lo has explicado dos veces, y Caroline, cariño, me lo puedes explicar siete veces y yo creo que seguiría sin enterarme.

Me eché hacia atrás en la silla para reírme.

No era la primera persona que tenía esa reacción. Llevaba diez años de contable, y sinceramente, podía hacer el trabajo con los ojos cerrados. Pero era consciente de que a la gente “normal” se les apagaba el cerebro en cuando veían columnas con números.

—Puedes trabajar con nosotros —dijo Paul de repente, y se me cortó la risa de golpe.

—¿Qué? —levanté la cabeza para mirarle.

—Esto es un infierno —dijo Paul, señalando con la cabeza en la dirección general del escritorio de Mark—. No nos gusta hacerlo, no se nos da bien, tardamos un mundo y siempre está dando problemas... Nos estarías haciendo un favor.

No dije nada y miré a Mark, que parecía pensativo.

—Sabes, Paul —dijo por fin—; por una vez has tenido una buena idea... —Mark me miró—. ¿No te tienta salir del cubículo? ¿Trabajar horas normales? ¿No estar esclavizada?

¿Salir del cubículo? ¿De debajo de las luces fluorescentes y de entre las paredes grises?

Empezó a entrarme un hormigueo de excitación y tuve que frenarme a mí misma.

La idea era tentadora. Tentadora, no: me daban ganas de llorar de la

emoción. Llevaba tanto tiempo esclavizada en ese trabajo gris que ya me había acostumbrado. Hasta esa semana casi no me había dado cuenta de lo agotador que era mi trabajo. De que no tenía vida.

Pero no me parecía buena idea trabajar allí, con ellos... o más bien para ellos. No, no era una buena idea. No era una buena idea para nada, las cosas que podían ir mal eran tantas que no sabía ni por dónde empezar.

—No sé... sería raro —dije por fin.

—¿Raro? —preguntó Paul.

Le miré y levanté las cejas. No me hacía falta responder.

—No tiene por qué ser raro... —dijo—. Solo la idea de no tener que ocuparnos nunca más de esto... *buf*.

—Ocuparme, querrás decir —dijo Mark.

—Eres tú quien nunca has querido contratar a nadie.

Esta vez fue a Mark a quien miré con las cejas levantadas.

—No me fío —me dijo—. Son datos personales un poco... sensibles. Nunca he encontrado a nadie de confianza. Hasta ahora.

—No sé, Mark... —respondí. Estaba tentada, pero no. No, la cantidad de cosas que podían salir mal...

Entonces Mark lanzó una cifra al aire. El que sería mi sueldo mensual.

Me le quedé mirando como si le hubiesen crecido de repente dos cabezas.

—¿Es poco? —dijo Paul—. Porque es negociable.

¿Poco? ¿*Poco*?

Era más del doble de lo que estaba ganando ahora mismo.

Menos mal que estaba sentada. Me empezaron a sudar las rodillas, pero esta vez no era de excitación... bueno, igual sí, porque ese sueldo me provocaba toda clase de reacciones.

—Vale, parad un poco —dije, poniéndome la mano en la frente—. Me duele el cerebro. Dejadme pensar.

—Si quieres... —empezó a decir Paul.

—Paul, la estás agobiando —cortó Mark—. Déjala pensar.

Conseguí que se callaran unos instantes, lo cual en el caso de Paul era casi un milagro.

—Por qué no hacemos una cosa —dije por fin—. Por qué no os organizo todo esto, y luego decidís...

—No, no hay nada que decidir —dijo Paul enseguida—. Por mí, está hecho.

Miré a Mark, que a su vez estaba mirando al techo.

Bajó la mirada.

—Si nos quitas este trabajo de encima... —se puso los dedos en el puente de la nariz—. Podría llorar, y no estoy de coña.

Sonreí.

—Bueno, ya veremos —dije, sonriéndole a la pantalla del ordenador—. De momento voy a terminar esto para que no os vuelva a dar problemas.

—¿De verdad que quieres hacer eso ahora? Has venido a relajarte... —dijo Mark, pero sin mucha convicción.

—Es lo que hago; se me da bien. Es mi trabajo, puedo hacerlo con los ojos cerrados. Además, no me va a llevar nada de tiempo, en cinco minutos está...

—Voy a que Mandy me sirva tres copas seguidas para celebrarlo —dijo Paul, y desapareció de repente como una exhalación, yo creo que para que no me arrepintiese.

Cuando la puerta se cerró detrás de Paul, suspiré.

—¿Crees que es buena idea? —le pregunté a Mark, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador y teclear.

Me puso las manos en los hombros.

—Entiendo que tengas dudas... quizás sea un poco precipitado. No quiero que estés incómoda. Pero no te hemos mentado, Caroline. Esta parte del trabajo es horrible, y además me ocupo yo de todo, porque Paul se niega a hacer nada si no contrato a nadie. En parte tiene razón, pero es que me cuesta un montón confiarle las cuentas y los datos del club a alguien desconocido...

Por un momento me permití soñar, lo que sería trabajar allí (bueno, esa no sería mi oficina, era el despacho de Mark; me refería a trabajar en el club), con el sueldo que Mark había mencionado...

Luego pensé en lo que sería trabajar allí cuando Mark se cansase de mí. Si sería capaz de verle con otras mujeres, si no se convertiría en algo insoportable, y cómo enrarecería el ambiente.

De momento todo era maravilloso, no tenía motivos para pensar que nada podía ir mal, pero nos conocíamos desde hacía dos semanas.

Dos semanas.

Tenía sobras de comida china que llevaban en mi nevera más tiempo.

—¿Y cuando...? —empecé a decir, pero tuve que carraspear a mitad de la frase. No sabía cómo decirlo—. ¿Y si tenemos problemas personales? ¿Qué pasará entonces?

A ver, mi trabajo era una mierda, pero llevaba cuatro años en él. No

quería dejarlo para verme de patitas en la calle en mes y medio.

Mark me dio la vuelta en la silla giratoria y me quedé a medio tecleo. Apoyó sus manos en los brazos de la silla de cuero y se inclinó sobre mí.

—Si tenemos problemas personales... somos dos personas adultas, Caroline. Alguna forma encontraremos de arreglarlo.

Ya, *claro*.

Le miré a los ojos color ámbar, como el whisky que siempre bebía. Tragué saliva.

No. La idea de Mark paseándose por el club con otra mujer... lo sentía mucho, pero si nos iba mal en lo personal, tendría que buscarme otro trabajo. Quizás yo no era *tan* adulta, o a lo mejor es que tenía menos mundo. Pero no lo veía tan fácil, la verdad.

—Mark... —empecé a decir.

—Por favor, Caroline. Por favor. Di que sí.

Le miré a los ojos. Él me miró a los labios.

Di que sí.

¿A qué estaba diciendo que sí, exactamente?

La verdad es que en ese momento me daba igual. En ese momento solo había una cosa que podía decir, me estuviese preguntando lo que me estuviese preguntando.

Tomé aire y lo solté lentamente.

—Sí.

Cerró los ojos.

Por un momento temí que estuviese recitando alguna plegaria.

—Gracias, gracias, gracias —dijo, cuando volvió a abrirlos.

Me puso las manos bajo las axilas, me levantó de la silla, me llevó hacia el escritorio y me sentó encima.

Encima de los papeles y facturas varias.

—¡Mark! ¡El trabajo! Todavía no he terminado...

Yo creo que ni me estaba escuchando. Estaba demasiado ocupado palpando mi top.

—Esto no tiene botones... —musitó, como para sí mismo.

Elevé los ojos al cielo.

—Mark...

Cogió el borde del top y me lo sacó por la cabeza.

—Quiero celebrarlo—. Me acarició los pezones por encima del sujetador, con los pulgares, y contuve la respiración—. Además, puedes seguir el lunes.

Intenté concentrarme.

—El lunes no puedo, tengo que avisar con antelación de que me voy... — dije, con mis últimas neuronas.

Mark paró lo que estaba haciendo para mirarme.

—¿Con cuánta antelación?

—Dos semanas.

Se quedó unos segundos mirando la pared del despacho, con desasosiego.

—Bueno —dijo al fin—, dos semanas más de infierno. Me vale. Pero si tengo que pasar en este escritorio dos semanas más, por lo menos que sea con un buen recuerdo...

Y atacó.

AHORA ME TOCA A MÍ

Caroline

Empezó a besarme con entusiasmo y a intentar tumbarme encima del escritorio, y me dio la risa a mitad del beso.

—No —dije, riendo, resistiéndome a sus avances.

—¿No? —me preguntó con extrañeza, el ceño fruncido, como si no le hubiesen dicho que no en su vida... algo que probablemente fuese cierto.

—No voy a tumbarme encima del escritorio con todo lo que tienes encima, Mark... ya sé que queda muy bien en las pelis porno, pero aparte de incómodo, aunque sea dentro de dos semanas, tengo que trabajar con esto y no quiero desastres... Además —esta vez fui yo quien le atacé, le puse la mano en la nuca y le hice bajar la cabeza para besarle. Le mordisqueé el labio inferior—, ahora me toca a mí.

Me bajé del escritorio y revertí nuestras posiciones, hasta que Mark quedó apoyado contra el escritorio.

Todavía tenía la falda puesta, y el sujetador de encaje —esta vez rojo— que Mark había dejado al descubierto cuando me había quitado el top.

Empecé a desabrocharle la camisa.

—¿Qué quieres, Caroline?

Terminé con los botones y le acaricié los pectorales, los músculos... No me cansaba de su cuerpo esculpido, duro, como si fuera una estatua de bronce. Cada vez que se quitaba la camisa era como un pequeño milagro. Bajé la palma de la mano hasta los músculos de su abdomen, en forma de tableta de chocolate —*increíble*—, y le escuché aguantar la respiración.

Me agaché para trazar las líneas de los músculos con la lengua... era exquisito. El hombre más atractivo que había visto en mi vida.

Y era todo para mí, para jugar con él, para hacer con él lo que quisiese... noté cómo mi sexo se humedecía.

Me puse de rodillas frente a él y le desabroché el cinturón, luego los pantalones con gestos lentos y deliberados. Miré hacia arriba y vi que Mark me miraba, hambriento, los ojos oscurecidos por el deseo.

Sonreí y le bajé los pantalones y la ropa interior hasta las rodillas.

—Caroline...

La tenía frente a mí. Su polla, enorme, ancha, dura... perfecta. Se me hizo la boca agua y me excité más todavía, si eso era posible.

La cogí con la mano y tembló. Mark echó la cabeza hacia atrás.

Saqué la lengua y empecé a lamer alrededor, la largura, lenta y suavemente...

Mark gimió y puso una mano en mi pelo y con la otra se agarró al escritorio.

Le agarré de las nalgas y empujé hacia adelante para metérmelo más en la boca. No cabía entero, era evidente, pero intenté metérmela lo más adentro posible, mientras succionaba... luego chupaba la punta, lamía los laterales mientras le acariciaba las bolas...

—Oh dios, Caroline...

Bajé una mano y me la metí debajo de la falda, luego dentro del tanga, y me metí un dedo, luego dos, en mi coño, que ya estaba inundado.

—No era a esto a lo que me refería con trabajar para con nosotros. Pero por mí vale —dijo Paul desde la puerta.

No habíamos oído la puerta abrirse ni cerrarse. De hecho, era un milagro que no hubiese entrado nadie más, si ni siquiera nos habíamos molestado en comprobar si estaba abierta o cerrada.

No dejé de hacer lo que estaba haciendo, de chupársela a Mark. Estaba tan excitada, tan cerca de explotar, que ya me daba igual la audiencia que tuviese.

—Paul —dijo Mark con voz estrangulada—. Hazme un favor y cierra la puerta. Por fuera.

—Ni lo sueñes —oí decir a Paul, con humor en su voz.

Eso sí, lo siguiente que oí fue la puerta cerrarse y el *clic* de la cerradura.

Y lo siguiente que sentí, al cabo de unos segundos, fue la mano de Paul en mi coño, al lado de la mía.

Sé que era su mano porque las dos de Mark estaban en mi pelo.

—Caroline —dijo Paul, uno de sus dedos uniéndose a los míos, dentro de mí. Gemí alrededor de Mark, y él gimió a su vez, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Quieres que te dé desde atrás mientras chupas a Mark? Estás chorreando, puedo hacer que te corras en treinta segundos...

Estaba tan a punto que probablemente fuese menos. Asentí con la cabeza, con la polla de Mark todavía en la boca, lo que le hizo gemir y tensar las manos en mi pelo.

Escuché una cremallera, noté calor detrás de mí y solo me dio tiempo a sacar los dedos antes de que Paul me la metiese hasta dentro, de una sola embestida.

—Oh dios, estás, estás... —dijo Paul sin dejar de embestir, con fuerza—. Súper resbaladiza, húmeda, caliente... Me encanta tu coño, qué ganas tenía de follártelo otra vez...

Paul no dejaba de darme cada vez más fuerte, cambiando el ángulo de la penetración, cada vez más profundo, no podía hablar con la polla de Mark en la boca, iba a tener un orgasmo y lo iba a tener YA.

Me saqué a Mark de la boca para poder hablar.

—Me voy a correr ya, me corro... —dije mientras gemía.

—Córrete con la polla de Mark en la boca —dijo Paul.

Hice lo que me decía. Me la volví a meter en la boca y me apliqué, moviendo la cabeza mientras me corría, gimiendo alrededor de la polla de Mark, empujándole las nalgas hacia adelante para que pudiese entrar más profundamente.

Paul también estaba en caída libre, detrás de mí, embistiéndome cada vez más deprisa y más fuerte, hasta que las embestidas se hicieron más erráticas, emitió un grito y también terminó.

Mark

TENÍA LOS OJOS CERRADOS, la cabeza echada hacia atrás y las manos en el pelo de Caroline.

Y estaba haciendo unos esfuerzos sobrehumanos para no correrme.

Había sido una semana muy larga y estaba excitado, mucho, tanto que había tenido que apretar los dientes para resistir, pero no era así como quería

acabar.

Tenía algo más en mente.

—¿Mark? —Caroline me miraba desde abajo con ojos interrogantes.

Justo entonces Paul salió de detrás de ella, se incorporó y empezó a colocarse la ropa.

La ayudé a levantarse.

—No quiero correrme todavía —le acaricié la cara, los labios rojos con el pulgar. El pulso se me aceleró todavía más en las venas. Tenía la polla al rojo vivo, era más que doloroso, y quería solucionarlo cuanto antes. Miré a Paul por encima del hombro de Caroline—. Caroline ha dicho que sí y quiero celebrarlo... —volví a mirarla— adecuadamente.

Paul sonrió. Supongo que su imaginación estaría corriendo como nunca, pero tuvo el tacto —por una vez— de no decir nada.

—Os dejo solos entonces...

Paul cerró la puerta tras él, miré a Caroline y sonreí.

EN EL ESCRITORIO

Caroline

La sonrisa que Mark me dedicó era... peligrosa, por decirlo de alguna manera. Me entró un escalofrío.

Se subió los pantalones, fue hasta la puerta y escuché el *clic* de la cerradura.

Luego volvió hacia el escritorio, hacia mí, con los movimientos lentos y acechantes de una pantera.

Llegó hasta mí y me atrajo hacia él. Tenía la camisa desabrochada y aproveché para deslizársela por los brazos, dejando el resto de sus músculos al descubierto.

Me dejó quitarle la camisa, pero enseguida volvió a tomar el control.

Me sentó encima del escritorio, iba a recordarle lo de antes, que no quería tumbarme encima, cuando me separó las piernas y sin mediar palabra me penetró, metiéndome su polla enorme hasta dentro en una sola embestida.

Me eché hacia atrás y grité.

Empezó a salir, despacio, y luego volvió a penetrarme de golpe.

Oh dios, iba a correrme otra vez, no me lo podía creer... Pero es que la tenía enorme, me llegaba a todos los rincones, me sentía tan llena...

—Yo también tengo un deseo —repitió, y volvió a embestir—. No puedo dejar de pensar en ello desde el sábado pasado... —embestida—, ¿quieres saber cuál es?

Cualquiera cosa. Me daba igual lo que me pidiese, estaba en un punto en que le hubiese dicho que sí a prácticamente cualquier cosa.

Volvió a salir despacio y a penetrarme de golpe, y grité, agarrándome a sus hombros.

—¡Sí!

Me penetró rápidamente unas cuantas veces más, cogiéndome de la cintura, con su polla poderosa.

—Quiero follarte el culo... ya sé que tengo la polla muy grande, pero puedo hacer que te guste... que esté bien para ti... te prometo que te va a gustar... puedo hacerlo despacio, poco a poco, hasta que no puedas más, hasta que me pidas por favor que te folle bien el culo, duro y caliente...

Sabía que iba a ser difícil, incómodo, posiblemente doloroso, que no iba a poder sentarme en una semana, pero me daba igual. Me daba igual, me daba igual todo. Tenía que intentarlo. Tenía que probarlo, porque si la semana anterior con Paul me había gustado, con Mark tenía que ser más intenso, más fuerte. Más extremo.

Quería que me diese por el culo, y que me diese fuerte.

—Sí por favor, quiero... —dije, agarrada a sus hombros, jadeando.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar mientras me follaba, mientras seguía embistiendo, penetrando, y no pude evitarlo, me corrí otra vez mientras gritaba.

—¡Sí! ¡Sí!

DESPUÉS DE CORRERME AGARRADA A ÉL, Mark no había perdido ni un instante. Me había quitado el sujetador, la falda (la tenía subida ya hasta la cintura desde hacía un rato, así que tampoco hubo mucha diferencia), se había quitado los pantalones y los zapatos, y me había puesto contra el escritorio.

Esta vez inclinada sobre él, boca abajo, el torso contra la fría madera (habíamos tenido la suficiente presencia de mente como para apartar los papeles primero), las piernas separadas, el culo en pompa.

Así era como Mark me había penetrado, desde atrás, y era lo que estaba haciendo ahora, despacio.

Luego había sacado un mini consolador de un cajón, pequeño, ancho en la base y estrecho en la punta, junto con un bote de lubricante, lo cual me había llevado a pensar que espontáneo, espontáneo aquello no era.

O eso, o se dedicaba a otras cosas aparte de hacer hojas de cálculo delante del ordenador.

Luego había empezado a insertarme el mini consolador lubricado por el culo, y ya me había olvidado de pensar.

NOTÉ el consolador ensancharme por dentro.

—Un poco más —dijo Mark.

—¡Aaaah! —gemí, sin poder controlarme.

—¿Te hace daño?

—No, no... —respiré hondo—. Estoy llena, Mark. Llena...

—Todavía no. Todavía queda un poco...

Empujó el consolador un poco más adentro, más profundo, y tuve que cerrar los ojos con fuerza para no estallar.

Era demasiado. Por todas partes. Me ardía la piel, me costaba respirar, era un placer casi insoportable.

Entonces el consolador empezó a vibrar.

—¡Mark, Mark!

Siguió embistiendo, metiéndome una y otra vez la polla, hasta que no pude más y la presión fue insoportable, su polla en mi coño, el mini vibrador en el culo, y me corrí, sujetándome al escritorio, echándome hacia atrás.

Estaba ya recuperando la respiración cuando Mark dijo,

—¿Estás preparada?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora.

Sacó la polla que seguía dura como el acero de mi coño, sacó el mini consolador del culo, y al cabo de un momento empezó a presionar con su polla lubricada en la entrada de mi ano.

Oh dios, era imposible.

Imposible, imposible del todo.

—Es imposible Mark, no va a caber, no va...

Me cortó la frase cuando se echó hacia adelante y entró hasta la mitad, más o menos.

—¡Ah!

Tuve que sujetarme al borde del escritorio, sentía como si me estuviesen partiendo en dos...

—Es demasiado grande... es demasiado...

Me masajeó el clítoris con dos dedos y se quedó quieto, muy quieto, y al

de un momento la presión en mi culo cambió a algo más... placentero.

Me eché hacia atrás, primero un poco, luego otro poco más...

—Eso es, métetela tú —Mark sonaba como si estuviera sin aliento—. Ah, joder, Caroline... tienes el culo estrechísimo, me está apretando... no voy a aguantar nada... eso es, eso es...

Siguió masajeándome el clítoris, yo seguí jadeando, echándome hacia atrás, hacia atrás, hasta que al final perdí la paciencia y empujé para que entrase del todo.

Y vi las estrellas.

Pero no podía dejar de moverme, era como una adicción, dolía pero cada vez menos, era un dolor placentero, lo estaba sintiendo, y empezaba a llenarlo todo.

Me gustaba y seguí moviéndome, al principio de forma tentativa, luego más deprisa...

No podía controlarme, había perdido totalmente la noción de todo.

—Oh dios, está dentro del todo, hasta la bolas... —Mark me cogió de las caderas, pero no se movió, no hizo nada más—. Caroline, te la has metido hasta dentro... aaaah, joder cariño, qué bien... está dentro de tu culo, entera, entera... ¿qué tal? Dime que puedo moverme, cariño, necesito embestir... necesito follarte bien el culo, ver cómo se mueve cada vez que empujo...

Yo había perdido el control, no sabía ni lo que estaba diciendo, el placer era insoportable, y me daba la sensación de que Mark tampoco andaba muy lejos.

—Dame... dame por el culo Mark, dame bien, haz lo que quieras conmigo, haz... aaaah, no puedo más, no puedo...

Y lo hizo. Embistió, se retiró sin llegar a salir del todo y empujaba de nuevo, cada vez que me la metía veía las estrellas, el placer era extremo, se confundía con el dolor, quería gritar, quería gemir y gritar y eso hice, hasta que me quedé sin voz.

—¡Ah joder joder! ¡Sí, sí, así! ¡Dame bien por el culo!

Mark también estaba perdiendo el control por momentos.

—Joder, estás riquísima, ah, joder qué culo, te lo follo, te lo estoy follando bien, mira qué bien, ¿te gusta? ¿Te gusta? ¿Quieres que te la meta más fuerte? ¿Quieres que te dé más fuerte?

Me sujetó contra el escritorio, me inmovilizó las caderas y no pude moverme, solo era su polla taladrando, penetrándome el culo una y otra vez y otra, profundo, duro...

—Sí, así, así, así... me gusta, me gusta, dame por el culo, dame más... dame fuerte Mark, quiero sentirte bien adentro... no puedo más, me voy a correr, Mark, córrete en mi culo...

Entonces me metió tres dedos en el coño, de golpe, sin avisar.

—¿Cómo estás? ¿Qué sientes?

—Estoy llena... —conseguí balbucear.

—No, cariño... llena estarás después, cuando terminemos contigo... te vamos a follar los dos a la vez, ¿quieres? Te vamos a llenar de polla, hasta que no puedas respirar, hasta que no sepas dónde estás... te vamos a follar los dos a la vez para que veas lo que es bueno, para que sepas lo que es ser follada por todos los orificios... a la vez... ser penetrada...

Me corrí entonces, gritando como una loca, con la imagen que Mark había creado en mi cabeza.

Él siguió embistiendo, erráticamente, y supe que también le quedaba poco.

—Me voy a correr en tu culo, sí... te lo voy a llenar entero, te lo voy... ah... ¡aaaah! ¡Joder, joder!

Y eso fue lo que hizo, joder, joderme bien, follarme bien el culo, sin control, sin sujetarse, unas cuantas embestidas más, montándome, hasta que le sentí terminar, hincharse y derramarse dentro de mí.

TODOS TUS DESEOS

Caroline

Aunque pareciese increíble, después de las actividades encima del escritorio de Mark no estábamos saciados. Ninguno de los dos.

Era como si hubiésemos estado toda la semana acumulando ganas, deseo, hambre...

No podíamos parar, queríamos hacerlo todo, experimentarlo todo... habíamos abierto una compuerta que ninguno de los dos podíamos —ni queríamos— cerrar.

Mark me había regalado la promesa de estar con dos hombres a la vez, y no podía quitármelo de la cabeza.

No quería dejarlo para otro día, no quería esperar, porque no sabía cuándo iba a volver a reunir el valor.

Aquella noche, una especie de locura se había apoderado de mí, y quería disfrutar, quería hacerlo todo, experimentarlo todo, sin barreras, sin cortapisas, sin vergüenza. Sin control.

Sin límites.

—Llama a Paul —le dije a Mark.

—¿Estás segura?

Mark levantó la vista de mis pechos. Llevaba un rato acariciándolos, lamiéndolos, chupando los pezones, como si no pudiese dejar de jugar con ellos.

Le besé, luchando con su lengua, bajando mis manos para acariciar los suyos.

—Sí —le dije, cuando resurgí para tomar aire.

Entonces se le dibujó una sonrisa en el rostro, lenta y satisfecha, y volví a sentir otro escalofrío.

SABÍA lo que quería y sabía cómo lo quería.

De alguna manera, aquellos sábados en el club me habían conducido hasta aquel momento.

La fantasía definitiva, lo que siempre había querido hacer y nunca me había atrevido.

Ni siquiera me había atrevido a pensar que fuese posible, más allá de películas porno y libros eróticos... pero venir al club me había hecho ensanchar mis horizontes, mi mente.

Y otras partes de mi cuerpo también.

Nos vestimos y fuimos a una habitación, porque queríamos una cama, queríamos estar cómodos.

Allí nos estaba esperando Paul.

—¿CÓMO vamos a hacerlo? —pregunté.

—Vamos a hacerlo bien —Mark me atrajo hacia él y me besó, metiéndome la lengua en la boca. Paul se me acercó por detrás, metió la mano debajo de mi falda y empezó a deslizar mi tanga hacia abajo. Gemí en la boca de Mark.

—Vamos a hacerlo despacio —dijo Mark cuando terminó de besarme, mientras me ponía la mano en el cuello—. Vamos a hacer que tengas tantos orgasmos que no recuerdes ni tu nombre...

No hacía falta mucho ya para eso, sinceramente. Paul me había metido la mano por detrás, y estaba jugando con sus dedos en mi raja húmeda, mientras con la otra empezaba a levantarme el top desde atrás.

—Haremos todo lo que tú quieras. Pero vas a tener que decir lo que quieres. En voz alta.

FUIMOS HACIA LA CAMA. Mark se tumbó desnudo encima de las sábanas de raso color cereza. No podía estar más excitada: le vi allí, desnudo, glorioso, la

polla otra vez erecta... me subí encima de él y me la ensarté de un solo movimiento. Luego empecé a bajar y subir, despacio, mis movimientos controlados por las manos de Mark en mi cintura.

—¿Qué sientes? —me preguntó.

Ya no me importaba hablar, ya no me importaba gritar. Había perdido totalmente las inhibiciones, la vergüenza inicial, y todo lo que quería era placer. Sentirlo, darlo.

—Me gusta sentir tu polla dentro... dura, llenándome del todo... me gusta... —seguí moviéndome, los ojos cerrados.

—Tranquila, despacio... eso es... eso es, métetela bien adentro... así te gusta, ¿verdad?

—Quiero rápido...

—Todavía no... tienes que acostumbrarte primero a nosotros, a tener dos pollas dentro... vas a ver que no hay nada igual.

Volví a subir y bajar despacio sobre Mark.

—¡Ah! —Empecé a acariciarme los pechos, muy despacio...

—Ahora —dijo de repente Mark, y no sabía a qué se refería, hasta que sentí una fuerte vibración en el clítoris... vi que Paul me había acercado un vibrador al clítoris y...

Mark me cogió de las caderas y me subió y bajó fuertemente sobre él, empalándome en su polla con cada bajada.

—¡Ah, ah, aaaaah!

Empecé a gritar sin poder contenerme.

Y volví a correrme, otra vez, sin cortapisas. Gritando, moviéndome. Libre.

Y tenían razón, ya había perdido la cuenta de los orgasmos de aquella noche... estaba tumbada encima de Mark (todavía duro dentro de mí), cuando me di cuenta de que su estrategia era que estuviese así, relajada, laxa, para que la experiencia fuera más placentera para mí...

Aunque como siguiesen así, dentro de poco no iba a poder ni moverme.

—¿Estás bien? —susurró Mark en mi oído.

Asentí, con la cabeza apoyada en su pecho.

Vi cómo Paul cogía el bote de lubricante de encima de la mesita, y unos instantes después lo sentí, frío, en la entrada de mi ano.

Un momento después noté uno de sus dedos en la entrada, moviéndose en círculos, entrando poco a poco.

Mark empezó a besarme, y gemí dentro de su boca mientras Paul metía y

sacaba el dedo de mi culo.

De repente noté que lo retiraba, y emití un ruido de protesta.

Paul rió ligeramente detrás de mí.

—Relájate, Carol. Esto no ha hecho más que empezar.

Enseguida noté no uno sino dos dedos, resbaladizos del lubricante, a la entrada de mi ano, Paul los introdujo fácilmente, sin ningún problema.

Oh, dios. Doble penetración, era demasiado. Una polla grande y caliente dentro de mi coño, dos dedos en mi culo.

Paul me puso una mano en la espalda y empujó ligeramente para que me inclinara aún más sobre Mark. Aproveché para lamer sus pezones, pero enseguida perdí la concentración, mientras Paul me follaba el culo con dos dedos, metiéndolos y sacándolos rápidamente.

De repente noté que estaba todavía más llena y me di cuenta de que esta vez eran tres dedos, entrando y saliendo, despacio, ensanchándome, intentando agrandar mi entrada, prepararme.

Tenía la boca abierta y los ojos cerrados, y ni siquiera tenía fuerzas para gemir. Las sensaciones me invadían por todos los lados: penetrada por Mark por delante, por detrás por los tres dedos de Paul, el clítoris rozando contra Mark.

Me sentí caer de nuevo, y empecé a gemir descontroladamente.

—¿Está preparada ya? —escuché preguntar a Mark, en medio de mi orgasmo.

—Sí, de sobra —respondió Paul—. Sal un poco.

Noté cómo Mark me levantaba por las caderas hasta que solo la punta estuvo dentro, y entonces Paul empezó a entrar dentro de mí, por detrás, poco a poco. Fácilmente, sin apenas resistencia.

Cuando quise darme cuenta estaba totalmente dentro de mi culo, me había penetrado totalmente el culo, hasta las bolas.

Empezó a salir lentamente y fue cuando Mark me la volvió a meter por el coño, de golpe...

Sentí cómo se rozaban dentro de mí mientras uno salía y otro entraba, repitieron el proceso unas cuantas veces, y me olvidé de respirar.

—¿Estas bien, Caroline? —me dijo Mark—. ¿Quieres que paremos?

—¡No! No por favor, no.

La realidad de tener a dos hombres, dos hombres distintos y magníficos dentro de mí me golpeó de repente cuando miré a mi izquierda y vi nuestro reflejo en el espejo que había en la habitación, sus cuerpos morenos, el mío

pálido, moviéndonos rítmicamente encima de la cama. No podía apartar la vista del espejo, intentando grabarme la escena en la memoria, recordarla para siempre, para poblar mis fantasías por el resto de mi vida. Deberían tener un servicio en el que te hacen una foto y te la venden al final, pensé absurdamente, como hacen en los parques de atracciones cuando te montas en la montaña rusa, porque aquella era una imagen que me habría gustado llevarme para siempre.

Era el turno de Paul, me sujetó por las caderas y empaló su polla en mi culo, hasta dentro, hasta el punto de que sentía sus bolas en la base.

Emití un gemido largo e intenso, y me olvidé del espejo y de todo, de todo lo que no fuera los dos hombres que estaban usando mi cuerpo, los dos hombres que tenía dentro de mí, follándome, los dos hombres que iban a correrse en mi interior.

Me incliné sobre Mark porque ya era incapaz de mantenerme derecha.

—Eso es, eso es —Paul me empujó suavemente, con una mano en la espalda, hacia Mark —eso es, cariño. ¿Me sientes dentro de ti? ¿Me sientes dentro de tu culo?

¿Cómo no podía sentirlo? Era lo único que sentía, la presión insoportable en mi interior, la polla de Mark, enorme, entrando en mi coño, luego saliendo, luego la de Paul en mi culo. El placer era insoportable, empezó a crecer dentro de mí, como una ola gigante que va formándose poco a poco y ves que cada vez es más alta, hasta que te entra miedo de no poder manejarla.

—Ahora vamos a follarte los dos a la vez, al mismo tiempo.

¿No era eso lo que estaban haciendo?

Parecía que no, porque cambiaron el ritmo de repente, y pasaron a meterme las dos pollas a la vez y sacarlas a la vez. Era Mark quien, con sus poderosos brazos, me levantaba por las caderas, me dejaba caer sobre las dos pollas a la vez, y luego me volvía a levantar.

La tercera vez la ola se hizo demasiado grande para contenerla y rompió en la orilla.

—¡Sí, sí! ¡Más fuerte, más deprisa! ¡Folladme, folladme los dos! ¡Metédmelas bien dentro! ¡Ah, estoy llena, llena del todo, sí, sí, sí!

Y luego ya no pude decir nada más, más que incoherencias, mientras el orgasmo más intenso que había sentido en mi vida me barría por dentro, me hacía temblar incontrolablemente, decir incoherencias, gritar como una poseída. Me moví sin poder controlarme, me empalé en la polla de Mark mientras me sentaba en la de Paul, las dos a la vez dentro de mí, me moví

sobre ellas, boté, me las metí lo más adentro que pude... Como en la lejanía oí gemir a Paul detrás de mí, vi la cara de Mark contorsionándose en una mueca de placer debajo de mí, noté cómo perdían el control, cómo me sujetaban para penetrarme a la vez, incontrolablemente, cada vez más fuerte, más deprisa, hasta que Mark gritó y se corrió dentro de mí, y un minuto después las embestidas de Paul se hicieron más erráticas, gimió detrás de mí y sentí su semen derramarse dentro de mi culo. Sentí cómo terminaba en mi culo, cómo me llenaba con su leche, como me había prometido.

Nos quedamos tumbados, exhaustos, sudorosos, apoyados unos en otros, intentando recuperar el aliento.

Glorioso. No tenía palabras.

* * *

PARECÍA que por fin nos habíamos calmado.

Estábamos en la cama, tumbados, demasiado cansados como para hacer nada más que mirarnos, respirar.

A un segundo de quedarnos dormidos.

Paul había vuelto a desaparecer. No podía decir que no fuese conveniente, la verdad... era útil en el momento, pero una vez habíamos acabado lo único que me apetecía era estar con Mark.

Mark recuperó la sábana que estaba hecha un gurrño a los pies de la cama y nos tapó con ella.

—Mmmm.

Estaba tan exhausta que no tenía ni palabras.

—Caroline —Mark me quitó el pelo de la cara.

Abrí los ojos y sonreí.

Mark estaba serio.

—¿Sí?

—¿Quieres salir conmigo?

No tenía fuerzas ni para levantar las cejas.

—¿Salir? —pregunté.

—Salir. A cenar. O a donde sea. De vez en cuando, a sitios, de día—. Escondió la cara en mi cuello, y no estaba segura, me lo había parecido, pero...

¿Se estaba poniendo rojo?

Demasiado bueno para ser verdad.

—¿Perdón?

Carraspeó, y sacó la cara de mi cuello.

—Hace mucho que no hago esto. Hace mucho que no tengo una relación, ningún tipo de relación... cuando tengo una necesidad, la cubro. Pero me gustaría conocerte mejor —sonrió—. Y no en el sentido bíblico del término.

Se me escapó una carcajada.

En el sentido bíblico, era *imposible* que pudiese conocerme mejor.

Empecé a sonreír de nuevo como si tuviera una percha en la boca...

—¿Quieres que seamos novios?

—Caroline... —me reprendió con humor.

No pude evitarlo, eché la cabeza hacia atrás y rompí a reír.

—Pero tienes que saber que no me acuesto con cualquiera... al menos no en la primera cita.

Mark movió la cabeza de un lado a otro, sonriendo, como si pensase que no tenía remedio.

Luego acercó sus labios a los míos y, todavía sonriendo, me besó.

FIN

* * *

Aquí concluye la historia de Mark y Caroline. Si quieres más historias como esta, [sigue a Nina Klein en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando se publique el resto de aventuras de los demás miembros de “El Club”.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia) y escribe sus historias entre ladridos, maullidos y cambios de pañal.

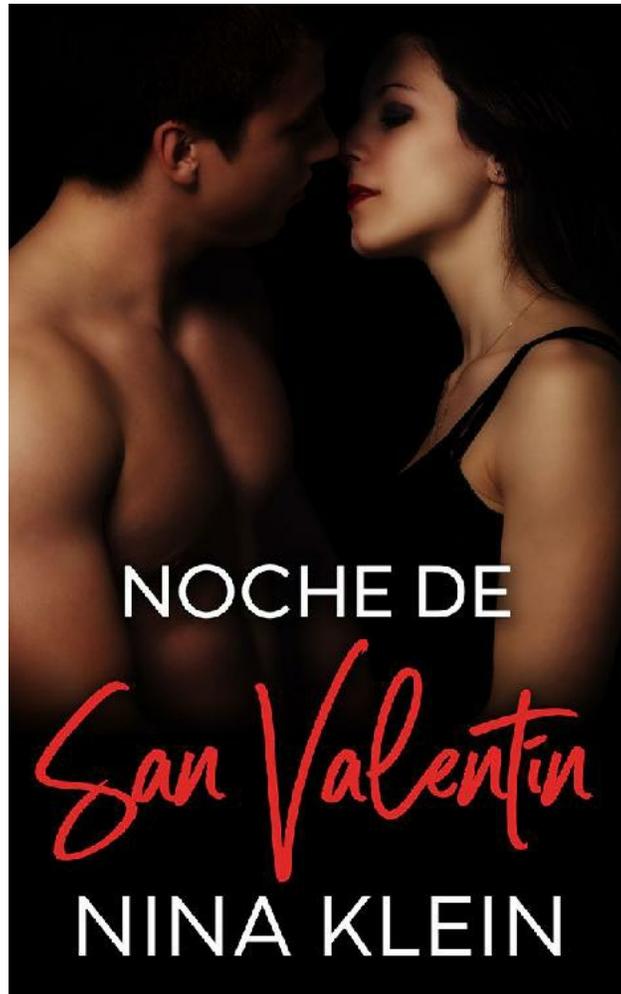
Nina publica historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

[Sigue a Nina Klein en Amazon](#) y serás el primero en enterarte cuando publique una nueva historia:

<https://www.amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2>

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN



No era la noche de San Valentín que Rachel esperaba...

Rachel está sola la noche de San Valentín, y decide ir a comprar una pizza congelada, una botella de vino y una tarta para pasar la noche viendo películas pastelosas en Netflix.

Al volver del supermercado se encuentra con Ethan, de su oficina, increíblemente guapo (y joven). Ethan está borracho, su novia le acaba de abandonar y a Rachel le da pena dejarle así en la calle, así que le lleva a su casa para que pueda dormir la mona en su sofá.

Allí le deja, con un vaso de agua y aspirinas para la resaca, pero Ethan se despierta de madrugada sin saber dónde está, y al final la noche de San Valentín tiene un final que ninguno de los dos esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)